

# Una Mujer Diferente



Carol Robbins

# UNA MUJER DIFERENTE

CAROL ROBBINS

En el corazón de Hannah Fryman ya no queda sitio para nadie. Tan solo para su adorada hermana, su próxima sobrina en camino y su incipiente carrera como pintora, por la que lucha con tesón todos los días y a todas horas para intentar conseguir por fin el sueño de su vida. Escocia es su refugio y solo allí, junto a su familia, disfruta de las cosas buenas de la vida que le hacen auténticamente feliz. Sí. Hannah huye del amor, decepcionada por la tormentosa relación que ha mantenido hasta hace unos meses. Lo último que desea es volver a complicarse la vida con un hombre. No, definitivamente. Enamorarse no se encuentra entre sus próximos planes.

Pero la vida es una inmensa caja de sorpresas y Hannah aún desconoce que un inesperado acontecimiento está a punto de cambiarle la vida para siempre y convertirla, esta vez sí, en una mujer completamente nueva y diferente. Todavía le faltaba por aprender una cosa muy importante para ser feliz en el amor: hay que escuchar siempre a la cabeza, pero también dejar hablar al corazón. Y hay cosas que solo se pueden descubrir en Escocia.

# INDICE

UNA MUJER DIFERENTE

INDICE

PRIMERA PARTE

1

2

3

4

5

6

7

8

9

10

SEGUNDA PARTE

11

12

13

14

15

16

17

TERCERA PARTE

18

19

20

21

22

23

CUARTA PARTE

24

25

26

*A Jack, por amarme tanto. Y a Escocia. ¡Siempre a Escocia!*

*“Hay que escuchar a la cabeza, pero dejar hablar al corazón.”*

***Marguerite Yourcenar***

# PRIMERA PARTE

APRIL

—¡Pero...! ¡Serás...!—gritó Hannah a su hermana completamente indignada.

—¡Quería decírtelo en persona!—contestó a voz en grito April mientras Lloyd se hacía el loco como si la cosa no fuera con él y continuaba preparando los huevos para el desayuno.

—¡Eso no se hace April! ¡Tenías que haberme llamado el mismo día en que te enteraste! ¡Y esto también va contigo Lloyd, no te hagas el sueco, que tú de tonto no tienes ni un pelo!

—¿Cuántas lonchas de *bacon* queréis, chicas?—preguntó Lloyd ignorando el comentario y haciendo gala una vez más de su afamada flema británica.

—¡A mí hazme doscientas, a ver si así se me pasa la mala leche!— contestó Hannah bastante cabreada.

—¡Oído cocina!—dijo Lloyd tomándose a guasa el enfado de su futura cuñada. Se había jurado a sí mismo no entrar en esa discusión bajo ningún concepto y vaya si lo iba a conseguir. Si vais a salir al jardín a pelearos sobre el barro necesitaréis antes una buena dosis de calorías. ¡Bien pensado Hannah, bien pensado!

Las dos mujeres se miraron fijamente a los ojos con cara de enfado y aguantaron el desafío durante unos pocos segundos hasta que no pudieron más y estallaron ambas al tiempo en una sonora carcajada.

—¡¡Enhorabuena April!!— dijo por fin Hannah saltando alegremente sobre su hermana y abrazándola con todo el amor que sentía por ella en esos momentos. — ¡No sabes lo feliz que me haces!

—¡Ya lo sé, boba, ya lo sé...!— contestó April aún en los brazos de su hermana del alma, mientras aguantaba la emoción para evitar ponerse a llorar como una cría.

—Bueno... ¿Y a mí no me das la enhorabuena también? Digo yo que algo habré tenido que ver...—dijo Lloyd con una sonrisa de oreja a oreja mientras depositaba en la mesa de la cocina una fuente repleta de huevos revueltos, salchichas, *black pudding* y tomates al horno.

—¡Pues claro que sí, Superman, Macho Alfa, Rey de los Espermatozoides! ¡Ven a mis brazos hombre!—contestó Hannah dando otro fuerte abrazo al maravilloso novio de su hermana. Pero que sepáis que sois un par de cabrones. ¡Mira que habérmelo ocultado hasta hoy! ¿Para cuándo llega mi sobrina? Porque espero que hayáis hecho las cosas bien y sea una niña, que si no la vamos a liar...

—Jajaja—rio April ya más relajada. Todavía no sabemos nada, la verdad es que



nos da igual que sea niño o niña. Estoy de tres meses. O sea que vete haciendo hueco para junio, si todo sale bien...

—¡Pues claro que va a salir bien todo, mujer!—dijo Lloyd alegremente al ver que habían superado con éxito la bronca de Hannah que tanto tiempo llevaban esperando. Venga, sentaos, todo el mundo a desayunar que nos espera un día muy largo.

—¡Y tanto!—respondió April—Venga Hannah, sírvete. Y déjate de dietas, por lo menos este par de días que vas a pasar aquí. ¡Estás súper delgada!

—Uy sí, sí. Súper delgada. Ya me gustaría a mí... Mira que me extrañó que os entraran tantas prisas para casaros en pleno mes de diciembre, pero por nada del mundo pude imaginar que serías capaz de ocultarme que estabas embarazada...

— Quería ver tu cara de sorpresa—dijo April con una sonrisa pícara. Venga, ponte un poco de todo. Son productos de la granja, ya verás la diferencia con los que compras en el Morrison's ese de la esquina de tu casa.

—No es un Morrison's, es un Tesco y es un supermercado estupendo...

—Lo mismo me da que me da lo mismo. Comida de plástico—dijo April cogiendo la cuchara de servir y empezando a repartir los manjares por los tres platos, mientras Lloyd cortaba unas generosas rodajas de pan de centeno casero.

Mientras April servía el desayuno, Hannah recordó como había cambiado la vida de su única hermana en los últimos meses. April y Lloyd se habían conocido cinco años atrás, cuando ambos trabajaban en plena City londinense para la famosa firma de inversiones Kudrow, Kauffman & Crane. Fue un flechazo instantáneo y, a los pocos días de conocerse, Lloyd trasladó sus cosas al apartamento de April en Bayswater, cerca de Notting Hill Gate.

Siempre se habían querido mucho, se habían entendido muy bien y entre los dos metían en la cuenta corriente más de diez mil libras todos los meses. Sólo tenían un problema. Y no pequeño. Trabajaban catorce horas diarias siete días a la semana. En la Bolsa se gana mucho dinero, pero cuando cierra Tokio abre Nueva York, cuando cierra Nueva York abre Londres y cuando cierra Londres abre de nuevo Tokio. Cuando una se quiere dar cuenta, han pasado cinco años y el saldo de la cuenta del Barclays Bank no ha dejado de crecer, pero el señor con el que duermes todas las noches se ha convertido en un viejo conocido con el que no recuerdas ni por asomo cuando fue el último día en que saliste a cenar o te fuiste cuatro días seguidos con él de vacaciones. Y de sexo ni hablamos.

Hannah recordaba como si fuera ayer el día en que April se presentó en su casa y le contó que Lloyd y ella habían decidido mandar a los señores Kudrow, Kauffman & Crane a la mismísima mierda y empezar una nueva vida. Habían sacado del banco hasta la última libra que tenían y comprado una modesta granja en Dufftown, un pequeño pueblo de Escocia pegado al idílico Parque Nacional Cairngorms, a poco más de una hora de Inverness, la capital de las bellas y famosas Highland, las tierras altas escocesas.

Hannah echaba mucho de menos a su hermana y desde que April había

abandonado Londres nada había vuelto a ser lo mismo. Pero debía de reconocer que fue la mejor decisión que tanto ella como Lloyd habían tomado nunca en su vida. Se habían quitado diez años de encima y un centímetro de ojeras. Les veía tremendamente felices cada vez que se escapaba un fin de semana para visitarles y aquella maravillosa granja les había hecho revivir, renovar las ilusiones y reforzar sus proyectos como pareja.

Por todo ello, a Hannah no le había extrañado en absoluto que su hermana le hubiera llamado el lunes de esa misma semana para darle tres buenas noticias. La primera, que ella y Lloyd habían decidido casarse. La segunda, que obviamente Hannah tenía que ser la madrina sí o sí. Y la tercera y más sorprendente de todas, que la boda se celebraría... ¡el próximo domingo!

A Hannah todas le habían parecido fantásticas noticias, pero le sorprendieron un poco las excesivas prisas. En Escocia en diciembre el medio metro de nieve no te lo quita nadie y le extrañaba que su hermana no prefiriera casarse en la inmensa pradera situada delante de la casa bajo el bello y cálido sol primaveral. Pero bueno, ahora ya estaba al tanto de las razones. Las sorpresas no eran tres, sino cuatro: venía un bebé en camino. *Et voilà.*

Era sábado por la mañana. Estaba en la bella granja de su hermana en Dufftown. Al día siguiente iba a ser la madrina de la boda de la persona a la que más quería en el mundo. Con la llegada del verano se iba a convertir en la tía de una preciosa sobrina. Tenía delante de sus narices un generoso plato con un inigualable desayuno puramente escocés, dos rebanadas de pan de centeno recién salido del horno y una humeante taza de café. “Sí” —pensó. “A veces la vida puede ser maravillosa”.

Pero estaba equivocada. Justo después de tomar su primer sorbo de café y un milisegundo antes de que se dispusiera a atacar la primera loncha de ese brillante y crujiente bacon que le estaba esperando en el plato, surgió la maldita pregunta. La puñetera pregunta que siempre le hacían en bodas, bautizos, comuniones, comidas de trabajo y eventos sociales de cualquier tipo en el que se juntaran más de dos seres humanos, fueran estos mujeres u hombres, y hubieran transcurrido más de diez minutos de conversación. La puñetera pregunta que siempre hacía que la vida dejara de ser maravillosa y se convirtiera en un pequeño infierno con un largo rosario de explicaciones que dar y que le apetecían tanto como ir al ginecólogo a hacerse una citología:

—Bueno, cuéntanos...—dijo April mientras daba buena cuenta de sus huevos revueltos— ¿Y de novios cómo andas?

Hannah se llevó a la boca una generosa porción de huevos revueltos y la masticó con parsimonia, aprovechando para ganar tiempo y decidir si contestaba a su hermana con educación o la mandaba definitivamente a hacer puñetas.

—Pues... más o menos como tú hasta que conociste a Lloyd—dijo optando por una vía intermedia.

—O sea, como siempre. ¿Fatal, no?— Contestó April sonriendo.

—Fatal no, lo siguiente. No te puedes imaginar cómo está el mercado...

—Me lo imagino Hannah, me lo imagino...

—En Londres el número de gilipollas por metro cuadrado sigue multiplicándose en progresión geométrica día a día. Es una cosa alucinante.

—Bueno mujer, algún tío majo quedará por ahí suelto—terció Lloyd mientras daba buena cuenta de sus salchichas. Se trata de separar el grano de la paja, eso es todo.

—Sí. Sobre todo de la paja—dijo Hannah justo antes de que estallaran los tres en una carcajada. Probé un par de veces con el Tinder y me juré a mi misma renunciar al sexo masculino hasta el fin de mis días.

—¿Tinder?—preguntó April con cara de extrañeza— ¿Eso qué es? ¿Cómo el Meetic?

—Sí... ¡Pero sólo para follar, jajajaja!

—¡Hannah!—dijo April ejerciendo de hermana mayor— ¡A ver si un día te va a pasar algo!

—Eso quisiera yo, que me pasara algo—continuó Hannah partiéndose de risa. No te preocupes hermana, no te preocupes. Sólo lo he utilizado dos o tres veces y ten la completa seguridad de que no volveré a repetir. ¡Menuda experiencia!

—Cuenta, cuenta—dijo Lloyd mientras servía a todos una segunda taza de café. Nos hemos convertido en dos granjeros anticuados aislados del mundo tecnológico y civilizado.

—¡Afortunadamente!—contestó April elevando su taza de café con la mano derecha.

—¡Sí, amor, afortunadamente!—dijo Lloyd chocando su taza con la de su futura esposa a modo de brindis. —

—Bah, tampoco hay mucho que contar. Al fin y al cabo ligar en internet es como

ligar en cualquier otro sitio. Después de una hora de conversación ya sabes si te quieres tirar al tío o no.

—Y a veces hasta basta con cinco minutos...—dijo April.

—¡Y tanto! Pero aquí se va más al grano. Pasas en un rato de charlar con un desconocido a irte a la cama. No hay misterio, no hay intriga, no hay seducción, no hay emoción...

—Pues menuda mierda—replicó April. Lo que está claro es que ahí no vas a conocer a nadie interesante Hannah...

—Ya, ya lo sé. Pero había que intentarlo. Es como Las Vegas. “Al menos hay que ir una vez en la vida”.

—Yo sobre Las Vegas más bien diría que “sólo hay que ir una vez en la vida”. Menuda horterada de ciudad, por el amor de Dios—dijo Lloyd mientras limpiaba su boca con la servilleta y se ponía en pie. Bueno chicas, os dejo, que he quedado en el pueblo a las diez. ¿Cariño, te importa recoger tú todo esto? Es que tengo que pasar antes por el banco y voy bastante pillado de tiempo...

—Pues claro que no, machista explotador—contestó April con su maravillosa sonrisa. Dame un beso anda. ¡Ven pronto y le enseñamos a Hannah la cervecería!

—¿Ya está terminada? —preguntó April con sorpresa.

—Totalmente terminada, mi querida cuñada—respondió Lloyd con cara de satisfacción. En tres meses sacaremos los primeros barriles de “Black Dufftown”, la mejor cerveza negra escocesa de todos los tiempos. Ah, y hecha de forma completamente artesanal. ¡El sueño de mi vida!

—¡Enhorabuena familia! ¡Qué gran alegría, sé lo mucho que significa para vosotros! ¡Luego me lo enseñáis todo!

—Hoy vamos a ir mal de tiempo y mañana no podemos porque April y yo tenemos una cita, ¿recuerdas? ¿Por cierto, conoces alguna madrina libre?

—¡Presente!—dijo Hannah levantando la mano.

—¡Contratada! Venga, me voy pitando que llego tarde. Pasadlo bien, luego nos vemos.

Lloyd dio un beso en los labios a April y salió corriendo de la cocina camino de la puerta de la calle, mientras Hannah observaba la mirada de su hermana siguiendo los pasos del amor de su vida hasta que le perdió de vista.

—No sabes cuánto me alegra veros tan bien, April. Ya sabes que te adoro y nunca te había visto tan feliz como ahora.

—Muchas gracias hermana—dijo April cogiéndola de la mano. Ya sabes que yo también te adoro. Dejar Londres y venirnos aquí nos salvó la vida. En Dufftown hemos encontrado todo lo que necesitamos para ser felices...

—Ojala encuentre alguna vez mi “Dufftown”. Empiezo a estar ya un poco harta de todo...

—Ya... ¿No has vuelto a saber nada de Bob?

—No, no es por eso, ya lo tengo completamente superado...

—¿Seguro?

—Sí... bueno, más o menos...

—Tienes que pasar página Hannah. Asumir que todo aquello terminó.

—Lo sé. Pero tres años de relación con alguien de quien has estado profundamente enamorada no se olvidan en seis meses, tienes que entenderlo...

—Lo entiendo, claro que lo entiendo. Pero cuanto antes asumas que esa relación se ha terminado, antes estarás preparada para ponerte en marcha de nuevo.

—Estoy en ello...

—No has contestado a mi pregunta. ¿Le has vuelto a ver?

—No...

—No me mientas Hannah. Te conozco desde que naciste, hace ya la friolera de treinta y cuatro años. Dime la verdad.

—Sólo un par de veces. Quedamos para hablar...

—¿Y?

—Nada, que lo tiene claro. Dice que somos incompatibles. ¡Incompatibles! ¡Después de tres años viviendo juntos! Hay que tener cara dura...

—Hannah, yo creo que está con otra...

—Yo también April, Yo también lo pienso a veces. Y creo que no se atreve a decírmelo, o que quiere seguir teniéndome ahí de reserva, por si acaso le sale mal la otra jugada. Los hombres son todos unos hijos de puta...

—No todos cariño, no todos. Pero muchos sí. Casi en el mismo porcentaje que mujeres hijas de puta. No es una cuestión de sexos, sino del género humano. Cierra ese tema cuanto antes Hannah. Lo digo por tu propio bien.

—Lo sé...

—Los chinos dicen que para llenar una taza con té caliente, primero hay que vaciarla del té frío. Aplícate el cuento. Porque Bob está más frío que un muñeco de nieve.

—Estoy en ello, no te preocupes. ¡Venga, vamos a recoger esto que se nos pasa el día!—dijo Hannah levantándose de la mesa y comenzando a recoger los platos del desayuno. ¿Qué planes tienes para hoy?

—Tengo que terminar mil cosas para la boda. Me falta confirmar una serie de invitados, cerrar el encargo de las flores, concretar unas cosas del catering y yo que sé cuantas cosas más.

—¿Te puedo ayudar en algo?

—Pues... yo creo que no hace falta—respondió April mientras repasaba mentalmente su ingente lista de cosas pendientes para ese día. Si quieres recogemos esto y te vas a dar una vuelta, que te vendrá bien.

—Tengo una idea mejor. Yo recojo la cocina y tú te pones a hacer tus cosas, yo me voy a dar un buen paseo para que no tengas que estar pendiente de mí y estoy aquí como un clavo a la hora que me digas. ¿Hecho?—dijo Hannah levantando la mano derecha ofreciéndosela a su hermana para sellar el pacto.

—¡Hecho!—contestó April chocando la palma de la mano de su hermana. Vente sobre las cinco o cinco y media, yo creo que a esa hora ya habré terminado, así me ayudas a preparar la cena. Dianne y Max llegan en el tren de las seis y vendrán hambrientos.

—Pues a las cinco y media en casa—dijo Hannah disimulando todo lo que pudo que la visita anunciada le daba cien patadas en el estomago. Venga, vete a hacer tus cosas hermana, que te casas mañana y eso sólo pasa una vez en la vida.

—¡Por lo menos esa es la idea!—contestó April muy sonriente y feliz mientras salía por la puerta de la cocina— ¡Pásatelo muy bien Hannah! ¡Y disfruta de la bella Escocia!

—¡Eso seguro!—respondió Hannah mientras pensaba que efectivamente Escocia era una tierra bellísima, pero que desde luego lo sería muchísimo más si los estúpidos de Max y Dianne no fueran a aparecer por allí en el puñetero tren de las seis que les traía desde Londres a la boda de su hermana.

Pensó en llamar desde una cabina del pueblo al servicio de emergencias del “National Rail” dando un aviso de bomba en esa línea de ferrocarril. Pero acabó descartándolo tras darle unas cuantas vueltas a tan genial idea durante exactamente tres segundos y medio. Ese par de imbéciles eran capaces de llegar a Dufftown aunque fuera esquiando con tal de llegar a tiempo para la boda. Dianne y Max siempre querían ser el niño en el bautizo, los novios en la boda y los muertos en el entierro.

Sí. Efectivamente. Hannah detestaba profundamente a Max y Dianne. Y esos dos pijos descerebrados venían de camino hacia allí. “Maldita sea”, se dijo a sí misma mientras enjabonaba el estropajo de la cocina y comenzaba a fregar una sartén.

Hannah recogió la cocina tan rápido como pudo, tenía ganas de dar un buen paseo por el campo. Tomó su anorak de plumas del perchero del recibidor y las llaves de la furgoneta Volkswagen de su hermana y salió al frío de diciembre de Dufftown. Hacía un día helador pero muy soleado, y el reflejo de la luz sobre el manto de nieve que rodeaba la casa daba a la granja un aspecto absolutamente espectacular. Le vino bien el sol, el frío y el ligero viento para despejarse y respiró profundamente un par de veces para inyectarse en vena unas oxigenadas gotas de vida. Se subió al coche, lo arrancó y se puso en marcha hacia el destino que había elegido para esa mañana: Clova, en el Cairngorms National Park, el Parque Nacional más grande y hermoso del Reino Unido.

En poco más de media hora había llegado a su destino. Las máquinas quitanieves habían hecho bien su trabajo y las carreteras estaban limpias como un espejo. Aparcó la furgoneta en la zona de estacionamiento para clientes del Inchdowrie House, un pequeño y precioso hotel que había a uno de los lados de la carretera. Se colocó el gorro de lana, la bufanda y los guantes y se puso en marcha hacia Loch Brandy, el precioso lago al que se llegaba tras una pequeña caminata por un estrecho sendero entre montañas nevadas y ríos caudalosos. Un auténtico paraíso.

El paseo le vino de maravilla para desconectar. La naturaleza de aquella zona era tan absolutamente desbordante que impedía poder pensar en cualquier otra cosa. Cuando llegó al final del camino y rodeó la última curva del sendero, pudo ver por fin en toda su plenitud el lago, que en aquella época del año estaba deslumbrante, completamente rodeado de montañas nevadas. Se quedó extasiada ante aquella portentosa vista y decidió quitar un poco de la nieve que estaba depositada sobre una piedra bastante plana y algo elevada que le permitía una vista panorámica del paisaje y sentarse allí durante un rato largo a disfrutar el momento. A Hannah últimamente le encantaba la soledad y había aprendido a disfrutar de ella.

Hannah no era feliz. La ruptura con Bob le había hecho replantearse su vida de principio a fin. No, no era feliz. Le gustaba mucho su trabajo y eso cubría gran parte de su existencia, pues había cumplido uno de los sueños de su vida, si no el más importante. En contra de la opinión de sus padres, que le habían aconsejado estudiar algo más seguro y productivo, apostó en su momento por lo que realmente quería y tras dos intentos fallidos, finalmente consiguió ingresar con veintitrés años en la prestigiosa Slade School of Fine Art de Londres. Compaginó los cuatro años de estudios con trabajos de camarera en pubs de mala muerte aguantando borrachos, pero finalmente consiguió su objetivo y acabó graduándose en Bellas Artes.

Hannah había soñado desde niña con ser pintora. Había conservado durante

toda su vida los cientos de dibujos que había ido haciendo desde la niñez, pero cuando rompió con Bob y decidió reinventarse de nuevo, los destruyó todos y los arrojó a la basura. Ya no significaban nada para ella. Tras graduarse comenzó a pintar como una autentica posesa. Compulsivamente. Tenía unos ahorros para tirar durante seis meses y decidió dejar de trabajar de camarera y apostar a todo o nada.

De lunes a viernes pintaba sin parar. Pintaba, pintaba y pintaba. Comía un poco, dormía un poco y pintaba, pintaba y pintaba. Los sábados y los domingos cargaba con sus cuadros y montaba un tenderete en la calle. Portobello, Camdem, Alfies, Brick Lane. Broadway, Columbia Road. No había un solo mercadillo de Londres en el que Hannah no hubiera puesto sus cuadros a la venta por un pequeño puñado de libras. Las cosas le fueron mejor de lo que esperaba. En tres meses se estaba sacando un sueldo fijo más que suficiente para vivir. En seis meses más, ganaba el doble de lo que necesitaba.

Por aquel entonces Hannah no tenía más ambición que aquella que ya había conseguido: vivir de su pintura siendo una mujer libre e independiente. No necesitaba nada más. Pero la vida siempre nos tiene reservadas pequeñas sorpresas. Una mañana de un domingo cualquiera se quedó dormida. Cuando despertó eran más de las once, el móvil se había quedado sin batería y evidentemente no había sonado la alarma del despertador. Era demasiado tarde para intentar instalar el puesto en alguno de sus mercadillos habituales, sus competidores más madrugadores ya le habrían quitado el sitio con total seguridad.

Decidió que había que intentar hacer la caja del día como fuera. Se dio una ducha rápida, recogió sus cuadros y se dirigió a la entrada de la Tate Modern, el extraordinario museo de arte moderno de Londres, donde varios pintores de su estilo montaban sus tenderetes los domingos a la caza de turistas japoneses. Allí no había problemas de espacio para instalar su chiringuito en la inmensa explanada que se sitúa a la entrada del museo, por lo que era la única opción que le quedaba a aquellas horas del domingo.

La mañana se dio mejor de lo que se esperaba y a eso de las cuatro de la tarde ya había vendido tres cuadros. Decidió aguantar hasta las cinco, a ver si había suerte y se quitaba de en medio las otras dos pinturas que le quedaban. A las cuatro y veinte vendió el cuarto cuadro a un matrimonio italiano absolutamente encantador. Cuando a las cinco y diez decidió dar por cerrada la jornada y volverse a casa con su última pintura, un tipo cuarentón, guapo a rabiar y con pinta de artista bohemio, se acercó despacio hacia ella, observando a distancia con mucho interés ese último cuadro que estaba a punto de recoger.

—¡Hola!—dijo Hannah alegremente iniciando el proceso de venta que ya tenía más que estudiado. ¿Te gusta?

El tipo ignoró por completo su saludo y siguió observando el cuadro con una mirada analítica, empírica, fría como el hielo, ausente por completo de la chica que permanecía a su lado.

—¿Te gusta?—insistió Hannah. Es el último que me queda, te lo puedo dejar a buen precio...



—¿Es tuyo?—preguntó el tipo sin siquiera mirarla a la cara. —

—Sí claro, si no no te lo vendería—contestó Hannah mientras se planteaba mandar a ese buen señor tan impertinente a la mismísima mierda y volverse para casa con su cuadro debajo del brazo.

—Me refiero a que si lo has pintado tú...—prosiguió el bohemio sin perder el cuadro de vista mientras seguía escaneándolo con su penetrante mirada.

—Te lo vuelvo a repetir: sí. Es mío. Lo he pintado yo. Mira la firma. Hannah Fryman. ¿Quieres que te enseñe el pasaporte?

—De momento no—dijo el tipo mirándola por primera vez a la cara. Es muy bueno. Muy muy bueno. Buenísimo.

—Vaya...—contestó Hannah bastante descolocada—Vaya, muchas gracias...

—Tienes un estilo muy personal. Es una mezcla muy interesante entre Kandinsky y Klee, pero con un toque diferente que lo hace especial...

—Me parece exagerado, pero muchas gracias en cualquier caso. Son dos de mis pintores favoritos, supongo que alguna influencia habrán tenido sobre mí. ¿Te interesa entonces? ¿Te lo llevas?—preguntó Hannah empezando a sospechar que tanto jabón hacia su obra empezaba a oler a que aquel tipo estaba a punto de pedirle el teléfono para intentar llevársela a la cama.

—¿Tienes más?—preguntó Mister Bohemio confirmando todas sus sospechas. Me gustaría mucho verlos...

—No, no tengo más—contestó Hannah ya en un tono más borde para cortar el tema. Éste es el último que me queda, el resto los he vendido todos, lo siento.

—Vaya, que lástima, me hubiera gustado verlos—dijo el tipo mientras se llevaba la mano a la cartera. Toma Hannah, te dejo mi tarjeta. Si estás interesada, llámame cuando hayas pintado más cuadros y hablamos de negocios. Si no estás interesada o decides no pintar más cuadros llámame también. Si te apetece, claro. Me gustaría mucho conocerte y hablar de cualquier cosa menos de negocios. Hasta pronto, espero...

Mister Bohemio se dio la vuelta y se marchó sin añadir una sola palabra más, mientras Hannah le seguía con la mirada y procesaba mentalmente la información sobre aquel tipo tan extraño que acababa de conocer. Miró la tarjeta que sostenía entre sus manos y se quedó helada. “Robert Levine. Marchante de Arte. Rivington Street 265. Londres.”

Así fue como Hannah conoció a Bob, el hombre que había sido el amor de su vida hasta hacía unos meses. Una tarde cualquiera de un domingo cualquiera de un mes de marzo cualquiera, en el que se había quedado dormida porque al teléfono se le había terminado la batería. Una casualidad, como tantas de esas que a veces te suceden y que cambian tu vida para siempre. Seis meses después estaba viviendo con Mister Bohemio en su apartamento de Hoxton Square y un año más tarde Hannah Fryman exponía sus pinturas en las mejores galerías de arte de Londres, Paris, Berlín y Nueva

York.

“Pero de todo aquello hace ya mucho tiempo”, recordó Hannah con tristeza. Sí, había cumplido el sueño de vivir de su pintura. Pero Bob ya no estaba en su vida y le echaba de menos veinte veces al día. Todos sus planes y proyectos de vida con él se habían ido al mismísimo infierno. Y ahora Hannah no era feliz. Más bien, si quería ser completamente sincera consigo misma, era una mujer profundamente infeliz. Necesitaba cambios en su vida.

Y fue allí, en ese justo momento, contemplando la inmensa belleza de Loch Brandy, su lago preferido de Escocia, cuando se juró a si misma que iba a volver a ser feliz. Sí, lo iba a conseguir. Lo tenía que conseguir.

Hannah tomó el camino de vuelta hacia la Volkswagen, disfrutando de nuevo del maravilloso paseo, esta vez con vistas a los páramos de Clova y el Castillo de Grownstown. Al llegar a la zona de estacionamiento miró la hora. Eran cerca de las dos, el tiempo justo para comer algo antes de regresar a casa, no quería llegar muy tarde para poder echar una mano a April. Aunque aparentara tener todo bajo control, seguro que estaba de los nervios, una no se casa todos los días ni todos los años. Salvo que seas Tom Cruise o Madonna, claro está. En ese caso te casas y te descasas cuanto te viene en gana, faltaría más.

Entró en el Inchdowrie House, saludó al recepcionista, y se dirigió a la pequeña cafetería de aquel primoroso hotel. A esas horas no había nadie, pues los clientes habituales del local solían salir pronto por la mañana a hacer senderismo y ya no regresaban hasta la hora de cenar. Se sentó en una mesa pegada a la chimenea para entrar en calor y disfrutar del fuego y pidió un sándwich de salmón y un *earl grey tea* con leche, que tomó con placer mientras echaba un vistazo a un ejemplar del “Herald Scotland”. Un rato después miró de nuevo el reloj. Había llegado la hora de regresar a Dufftown. Pagó la cuenta, salió a la calle, se subió a la furgoneta y puso rumbo hacia la granja de su hermana.

Poco antes de las cuatro de la tarde aparcaba la Volkswagen en la entrada de la casa. Dejó la furgoneta junto a un todoterreno que supuso era de algún proveedor que había ido a ver a su hermana para ultimar algún asunto de la boda. Pero según dirigió sus pasos hacia la casa, se temió lo peor. Ese Range Rover de sesenta mil libras no estaba al alcance de ningún dueño de floristería o empresa de catering de la zona. No. ¡Ese coche apeataba a niños pijos londinenses por los cuatro costados!!

Entró en la casa rápidamente y todas sus sospechas no hicieron más que confirmarse en pocos segundos. Una chica rubia con mechones de la edad de su hermana que parecía un clon de Paris Hilton salió corriendo de la cocina y se plantó en la mitad del salón con los brazos en jarras.

—¡Sorpresa!

—¡Ho... hola Dianne!—acertó a decir con la mejor sonrisa que fue capaz de poner en ese momento. ¿Pero no llegabais en el tren de las seis?

—Hija, parece que te moleste que hayamos llegado antes, mira que eres siesa—dijo Dianne con su voz de pito habitual que a Hannah le resultaba tan desagradable. Al final hemos decidido venirnos en el coche de Max, vamos a aprovechar el viaje hasta aquí para hacernos una ruta la semana que viene por las Highland. Oye, has engordado un montón ¿no?

—Pues no—respondió Hannah bastante seca mientras llegaba a la conclusión de que Dianne era todavía mucho más gilipollas de lo que recordaba. No he engordado nada, peso lo mismo desde hace diez años. ¿No serán las lentillas esas azules que te has puesto? A ver si les pasa como con la televisión, que ya sabes que dicen que engorda ocho kilos.

—¡Pero qué dices! ¡Si yo siempre he tenido los ojos azules!

—Sí, claro, como Angelina Jolie. Justito, justito los mismos...

—¡Oye guapa...!

—¡Hola Hannah!—interrumpió April saliendo a toda velocidad de la cocina para poner paz, a sabiendas de que su hermana y su mejor amiga se detestaban mutuamente desde lo más profundo de su alma— ¿Qué tal el paseo?

—¡De maravilla April, de maravilla!—contestó Hannah de muy buen humor para evitar darle a su hermana el más mínimo disgusto el día antes de su boda. He estado en Loch Brandy, estaba precioso.

—Ya me he imaginado que ibas a ir por allí, ya sé que es uno de tus sitios preferidos. ¿Te acuerdas de Max? —dijo April señalando al rubio con pinta de pijo que tenía a su lado de pie como un pasmarote, sin saber muy bien como meter baza en la conversación.

—Pues la verdad es que no mucho. Como la última vez que le vi estaba borracha...

—¡¡Jajaja!! ¡Ya veo que sigues igual de mordaz que siempre Hannah!—dijo Max mientras se acercaba a saludarla— ¡Hola madrina!

—Hola querido padrino—contestó Hannah devolviéndole el beso en la mejilla que Max le daba en ese momento. ¿No te vas a vestir para los ensayos?

—¿Qué ensayos?—preguntó Max con cara de sorpresa.

—¡Los ensayos de la boda! Tenemos que ir esta noche a la Iglesia del pueblo a ensayar todos los movimientos para mañana. Los novios, la madrina y el padrino. No puedes faltar. La costumbre del pueblo es que las arras se las entrega al padrino una oveja vestida con falda escocesa y hay que coordinar bien todos los movimientos porque si no los gaiteros...

—Pues... pues no sabía nada...—dijo Max bastante aturdido. Pero vamos que...

—¡No le hagas ni caso Max!—dijo April a carcajada limpia. ¿No ves que te está vacilando?

—Eres un amor Hannah—dijo Dianne con recochineo. Un absoluto amor.

—Gracias Dianne. Yo también te quiero, ya lo sabes. Bueno chicos, me alegro de veros. Estamos de boda, así que vamos pasarlo bien. Buen rollo. ¿Habéis tenido buen viaje?

—Hemos tenido un viaje maravilloso—contestó Dianne. Queríamos daros una sorpresa y salimos ayer de Londres. Hemos hecho noche en Edimburgo y esta

mañana...

—Ah, fenomenal, me alegro un montón—dijo Hannah cortándola a media conversación, no le interesaba el viaje de ese par de descerebrados en lo más mínimo. Voy a subir a darme una ducha y cambiarme que vengo helada de frío. ¿Necesitas algo April?

—No cariño, no necesito nada, ya he terminado todo. No te enrolles mucho por favor, que estoy preparando ya la cena—dijo April lanzándola el mensaje subliminal de que no desapareciera del mapa más de la cuenta y que fuera amable con sus invitados.

—No te preocupes, en veinte minutos me tienes de vuelta con los cuchillos en la mano—dijo Hannah guiñándola un ojo para que pillara la indirecta. Venga hasta ahora chicos vuelvo enseguida.

Hannah enfiló escaleras arriba a toda velocidad y entró en el cuarto de baño como si huyera de la propia peste. No soportaba a Dianne. No soportaba a Max. Y mucho menos desde que esos dos tontos del culo se habían liado. El efecto multiplicador había sido absolutamente demoledor.

Hannah abrió el grifo y dejó correr el agua un par de minutos para que saliera bien caliente. A continuación se desvistió rápidamente y se metió en la ducha. Le apetecía quedarse allí media hora debajo del agua, pero no quería quedar mal con April y dar la nota con sus invitados, por lo que redujo el reconfortante chorro de agua correr por su cuerpo tan solo cinco minutos y a continuación se enjabonó, se lavó la cabeza y tras un aclarado rápido dio por concluida la sesión de belleza.

Se puso una toalla y salió del baño camino a su dormitorio. Se secó a toda prisa y mientras se repartía con esmero una buena dosis de crema hidratante por todo su cuerpo, se acordó de aquel día en el que a la salida del colegio Dianne le había dado una buena paliza por tontear con un chico que a ella también le gustaba. Hannah debía de tener por aquel entonces ocho o nueve años y Dianne, once o doce, porque entre ellas se llevaban tres años justos.

Esa fue la primera de las muchas peleas que se habían producido entre ambas por culpa de los hombres. Dianne estaba mucho más buena que ella, para que negarlo. Tenía un auténtico cuerpazo. Pero Hannah era más graciosa y a los hombres lo que de verdad les gusta es que les hagan reír, por lo que Hannah en ese aspecto solía ganarle a Dianne el partido por goleada. Y eso era un serio problema, porque Dianne, entre sus numerosos y múltiples defectos, encerraba dentro de sí a una celosa compulsiva que rayaba la necesidad de un tratamiento psiquiátrico intenso y prolongado.

El odio y deprecio de Hannah hacia Dianne venía ya de muchos años atrás. Dianne siempre había sido la mejor amiga de su hermana y puede decirse que hasta que ambas se fueron a la universidad, no hubo una sola tarde desde que se conocieron en el colegio que no pasaran juntas. April, Hannah y Dianne habían vivido compartido cientos de horas en la infancia, la adolescencia y la juventud y se conocían entre ellas mejor que nadie en el mundo.

Realmente Hannah nunca había entendido la razón de la amistad entre April y Dianne. Mientras que April era la bondad, la simpatía y la lealtad personificadas, Dianne era todo lo contrario. Envidiosa, rencorosa, mentirosa y mala persona a partes iguales y en dosis elevadas. Hannah había discutido mucho con April por ese asunto, intentando convencerla de que ella y Dianne eran como el agua y el aceite, pero nunca logró convencerla de ello y ya había renunciado a hacerlo desde hacía muchos años atrás. Se rindió y se limitó a sacar a Dianne de su propia vida en la medida de lo posible, considerando que realmente era un reto completamente imposible por la fuerte amistad que aquella estúpida rubia operada mantenía con su hermana.

En cuanto a Max, debía de reconocer que sólo lo había visto un pequeño puñado de veces en su vida, pero que en todas y cada una de las ocasiones le había parecido

un gilipollas integral *cum laude*. Max había sido compañero de Lloyd y April en Kudrow, Kauffman & Crane, la firma de inversiones en la que trabajaban hasta que dejaron Londres. De hecho Max seguía trabajando allí y al parecer se había convertido en uno de los peces gordos de la compañía. Era Director General de Operaciones o algo parecido, no lo recordaba muy bien y para ser francos, tampoco le importaba un pimiento la carrera profesional de aquel tarado.

Con el tiempo había surgido una gran amistad entre ellos y no había evento familiar que celebraran April y Lloyd durante sus últimos años en Londres a los que no asistiera Max, siempre con sus trajes a medida hechos en Bond Street, sus corbatas de Hermes y su permanente sonrisa tras la que se vislumbraba una dentadura tan blanca que a veces te cegaba con solo mirarla. Max de cara a la galería era un tipo encantador, siempre sonriente, siempre con una palabra amable saliendo de su boca, siempre con unos modales perfectos. Un auténtico *gentleman* inglés.

Pero Max tenía un problema. Un inmenso problema. Era Graduado en Economía por la London School of Economics, la universidad de economía más importante del mundo, reservada sólo para unos pocos elegidos que necesariamente deben cumplir dos requisitos básicos completamente imprescindibles, a saber: ser hijos de padres asquerosamente ricos y tener un expediente académico de diez. Y reconozcámoslo. Si siempre has vivido con la pasta saliéndose de tus bolsillos y encima eres consciente de que tienes una mente privilegiada, el porcentaje de posibilidades de que te conviertas en un tipo soberbio, engreído y clasista, que miras a todo el mundo por encima del hombro, son aproximadamente del cien por cien.

Hannah y Max nunca habían congeniado en exceso en los diversos encuentros que habían tenido por razones familiares, pero en el último cumpleaños que April celebró en su casa de Londres antes de irse a vivir a la granja de Escocia, a Max se le fue la mano con los gintonics y se puso pesado. Muy pesado. Le estuvo tirando los tejos a Hannah toda la noche sin cortarse un pelo y a pesar de que Hannah optó por hacerse la loca e ignorarle por completo como si la cosa no fuera con ella, el plan no funcionó y el chico siguió dando la tabarra toda la fiesta como, no dándose por enterado del rechazo de Hannah, a pesar de las miradas de asesina que le profesaba cada vez que se la insinuaba.

A eso de las dos de la mañana, cuando Hannah estaba en la cocina cogiendo hielo del congelador para ponerse una copa, sintió como una mano por detrás de su cuerpo le agarraba con fuerza el culo y otra mano le tocaba una teta, mientras comprobaba completamente aterrorizada cómo una boca que desprendía un olor bastante similar al generado por una destilería de Beefeeter a pleno rendimiento, comenzaba a besarla y babearla por el cuello. Hannah dio un grito descomunal, tiró al suelo toda la cubitera con el hielo y giró su cabeza hacia atrás, verificando así sus sospechas de que el autor de aquel repugnante ataque era el gilipollas borrachuzo de Max.

Hannah no se lo pensó mucho y le atizó no una, ni dos, sino tres ostias bien dadas en la bonita cara de aquel genio de la economía, mientras le recitaba a voz en grito toda la retahíla de insultos que en aquel momento le pudieron venir a la cabeza, desde “salido” hasta “borracho” pasando por “machista”, “canalla” y “cerdo” entre

otras lindezas. Toda la gente que había en la fiesta entró despavorida en la cocina al escuchar los gritos y presencié el espectáculo. Max se ajustó la corbata como si la cosa no fuera con él, se giró hacia el público que contemplaba la escena y dijo con toda la dignidad que puede tener cualquier persona que se haya bebido ocho gintonics en las últimas dos horas de su existencia: “Tranzzzquilos ssshicoss. No passsa nadaaaa...”. Después salió de la cocina, se dirigió a la puerta de salida y abandonó la casa con la misma dignidad que si fuera el Príncipe Guillermo, como si toda aquella movida no hubiera tenido nada que ver con él.

Y esa fue la última vez que Hannah había visto al padrino de la boda de su hermana, con el que compartiría ceremonia al día siguiente. El mismo tipo que ahora estaba liado con la mujer que más odiaba del mundo. Max y Dianne habían coincidido unos días de vacaciones en la granja durante el pasado verano, y al parecer se habían “medio liado”, según la versión que April le había contado a Hannah. “Medio liado” para April significaba que estaban liados pero sin compromiso alguno por las dos partes, algo bastante liberal, cada uno a su rollo. Según le había contado Dianne a April cada uno de ellos seguía con su vida, pero quedaban de vez en cuando y hacían sus cosas. “Entre novios y *follamigos*, vamos. Ay madre, Dios los cría y ellos se juntan”—le dijo Hannah a April cuando ésta le contó toda la historia.

Ahora esas dos auténticas perlas del género humano estaban esperándola en la cocina para compartir una maravillosa e inolvidable velada previa al día en el que por fin se casaba su hermana del alma con el hombre de su vida. Hannah se juró a sí misma no liar ninguna de las suyas. No era el día. Se puso unos vaqueros y un jersey, respiró y expiró profundamente diez veces y salió por la puerta de su dormitorio hacia la cocina, mientras pensaba que efectivamente, a veces la vida puede ser maravillosa. Pero sólo a veces.



Hannah bajó las escaleras de la casa y pudo oír las risas y la animada conversación que provenía de la cocina. Al parecer Lloyd ya había vuelto a casa y ponía a su amigo Max al tanto de las últimas novedades de la granja.

—Quiero hacerla con cebada y malta al cincuenta por ciento. Todo ecológico, naturalmente. Y con la calidad del agua de los arroyos de aquí, bueno, ¡creo que voy a conseguir una cerveza excelente!

—En cuánto que volváis de luna de miel me vengo un fin de semana por aquí y me lo enseñas todo, me apetece muchísimo ver cómo te ha quedado la cervecería—le decía Max muy animado—excuso decirte que si te puedo ayudar en cualquier cosa, no hace falta ni que te lo diga...

—Ya lo sé Max, ya lo sé viejo amigo. ¡Cuñada!—dijo Lloyd al ver entrar a Hannah por la cocina— ¿Has visto ya a Max y a Hannah? Han venido antes de lo previsto porque...

—Sí cuñado, ya les he visto antes, no te preocupes. ¿Has podido hacer todas tus cosas? Recuerda que mañana tienes una cita, como dejes a mi hermana colgada en el altar te corto las pelotas...

—Jajaja. Espérate que no me deje tirado ella a mí, todavía no me acabo de fiar de que me haya dicho que sí. Sí gracias, hemos podido resolverlo todo. ¿Qué tal tu paseo? Me ha dicho April que has estado en Loch Brandy. ¡Magnífica elección!

—Es un sitio mágico. Si algún día me pierdo buscadme por allí, posiblemente sea la vieja loca que os cuenten unos niños que vive en la cabaña solitaria al otro lado del lago.

—Te pega todo Hannah, te pega todo—dijo Dianne con sorna—Como no te eches novio pronto, acabarás en una casa solitaria disparando con una escopeta de caza a todo bicho viviente que se acerque por los alrededores.

—Sobre todo si llevan tetas de silicona. Esas que no se acerquen por allí que las reviento los globos de un solo disparo.

—Oye, te estás pasando Hannah—contestó Dianne bastante cabreada. ¡Sólo era una broma!

—Pues claro Dianne, pues claro tonta. Y lo que yo te he dicho también. ¿O es que sólo puedes hacer las bromas tú?

—No, pero tú siempre...

—Por cierto, no sabía que te habías echado novio—disparó Hannah con todas

las de la ley como si Max no estuviera sentado allí a un metro escaso de ella.

—Yo... yo no tengo novio—contestó Dianne mirando a Hannah con cara de asesina implorándola que no siguiera por ese camino.

—Ah, pues yo pensaba que sí—dijo Hannah mirando a Max. ¿No sois novietes Max?

—Bueno... yo no lo llamaría exactamente así...—contestó Max escaqueándose de confirmar ningún tipo de relación. Nosotros, bueno realmente no somos...

—Venga familia, a poner la mesa—cortó en seco April viendo que la temperatura emocional de la cocina subía a cerca de los cincuenta grados. La cena está lista. ¿Max, haces tú la ensalada? Te salen tan ricas...

—Pues claro April, será un placer—dijo Max dando un brinco de la silla en la que estaba sentado, agradeciendo a todos los dioses del Olimpo que su amiga le hubiera sacado de aquel atolladero. Será un placer prepararte tu última ensalada de soltera. ¿De qué te apetece?

—Sorpréndeme. Abre la nevera y mira a ver lo que te pide el cuerpo. Lloyd, por favor, súbete un par de botellas de vino del sótano, ¿te importa cariño?

—¿Si te digo que no, te casarás conmigo mañana de todas formas?

—¡Ni de coña! ¡No cuentes conmigo! ¡Me busco a otro mañana mismo!—contestó April entre carcajadas.

—Me tienes explotado. Completamente explotado—dijo Lloyd riendo mientras salía de la cocina camino del sótano.

Todo el mundo se puso en marcha con sus tareas. Max comenzó a preparar la ensalada y April a poner la cena en las fuentes de servir, mientras Hannah y Dianne ponían la mesa sin dirigirse la palabra entre ellas. La tensión en el ambiente se podía cortar con cuchillo y tenedor.

—¿Cómo te va la vida Hannah?—preguntó Max mientras lavaba y cortaba las hortalizas para la ensalada. — ¿Has vuelto a hacer alguna exposición?

—No me puedo quejar—contestó Hannah. Estuve todo el mes de septiembre en un par de galerías de Chicago, todo salió muy bien, afortunadamente. Ahora estoy preparando una exposición para el mes de junio en la “Galería Annely”, estoy bastante ilusionada, la verdad.

—¡Uauh!—respondió Max con verdadera admiración. ¡La mejor galería de arte de Londres!

—¿La conoces? No sabía que te interesara la pintura moderna.

—Sí, claro que me interesa, voy a muchas exposiciones. Mi madre es muy aficionada a la pintura y suelo ir con ella a todas las que puedo, así la saco un rato de paseo para que se libere un rato del pesado de mi padre. ¿Has ido a ver la exposición de Basquiat en la Tate? ¡Es absolutamente impresionante!

—¡Sí, claro que la he visto!—dijo Hannah verdaderamente sorprendida con la

faceta artística del gilipollas de Max. Totalmente de acuerdo, Basquiat es un absoluto genio.

—Max—interrumpió Dianne, al parecer no excesivamente contenta con que su “medio novio” y Hannah tuvieran una agradable conversación entre ellos sin que ella fuera participe—no se te olvide ponerle zanahoria rallada a la ensalada, ya sabes que me encanta...

—Sí claro, no te preocupes Dianne—contestó Max dándose perfectamente cuenta de la jugada de la chica más celosa que había conocido en toda su vida.—Hannah, avísanos cuando inaugures la exposición en Londres, iré con mi madre a desearte suerte.

—Claro, cuenta con ello—dijo Hannah jurándose a sí misma no avisar a ese cretino para su exposición bajo ningún concepto. ¿Y tú? ¿Cómo va el mundo de la Bolsa?

—Igual de aburrido que siempre, trabajando el doble y ganando la mitad que antes de la crisis. Pero bueno, nos vamos manteniendo, ya llegará de nuevo la época de las vacas gordas.

—Me dijo Lloyd que ahora eres uno de los mandamases...

—Bahhh... no le hagas caso, ya sabes que me quiere bien. El día menos pensado sigo sus pasos y me vengo para acá a hacerles la competencia.

—¿Ah, sí cariño?—dijo Dianne—No me habías dicho nada, nunca me cuentas tus planes. ¿Y qué hago yo con la tienda?

—Pues no tengo ni idea, Dianne—contestó Max como si jamás se hubiera planteado llevarse a su Paris Hilton londinense a vivir con él a una granja en Escocia. Tampoco era de extrañar. Dianne pintaba tanto en una granja como Kim Kardashian en la Biblioteca Nacional. O sea, absolutamente nada. — Tendrás que hacer con tu tienda lo que consideres oportuno. Sinceramente, no te veo fuera del mundo de la moda, es lo que a ti te gusta...

—Sí, pero si tú te vienes aquí...

—¿Y qué harías aquí en una granja Max? ¿Te ves viviendo aquí?—pregunté con mucho interés, únicamente con el ánimo de atizar el fuego y poner de los nervios a Dianne.

—Por supuesto que me veo viviendo aquí. Tal vez no ahora, pero si en unos años. Tengo varios planes en mente. Uno es montar una pequeña fábrica de quesos artesanos, mi abuelo...

—¿Quesos? ¿Pero tú estás loco, Max?—exclamó Dianne— ¿Pero qué vas a hacer tú aquí haciendo quesos? Me dejas completamente sorprendida porque...

—¡Ya está aquí el proveedor de vino!—dijo Lloyd entrando tan alegre como siempre por la puerta con un par de botellas de tinto. ¿Pero bueno, qué pasa con esa cena?

—La ensalada ya está—contestó Max. Cuando la señora de la casa mande, nos

sentamos a cenar. ¿Con qué nos vas a deleitar, futura Señora Harvey?

—Con un plato típico escocés, como no podía ser de otra manera: Haggis. ¡Y con puré de patatas de nuestro huerto!

—¡¡Bien!!—exclamaron todos al unísono. Bueno, casi todos.

—¿Haggis? ¿Pero eso qué es?—preguntó Dianne mirando con cara de asco la fuente que April acababa de sacar del horno con tanta ilusión.

—Anda, que no eres rarita con la comida, hija—le contestó su amiga de toda la vida que ya la conocía más que de sobra.

—Si sólo fuera con la comida...—apuntilló Hannah.

—Pudin de carne con avena, cebolla y unas cuantas especias. Si no te gusta, te pones hasta arriba de ensalada y andando. No te preocupes que con hambre no te vas a quedar, tengo ahí un queso de Arran estupendo. ¡Venga, todo el mundo a la mesa! ¿De qué has hecho la ensalada Max?

—Un poco de todo de lo que he encontrado por tu magnífica nevera. Rucula, espinacas, col, nueces, piñones, unos taquitos de manzana, frutos rojos y queso parmesano. Ah, y el aliño “Especial Max”: aceite, vinagre de Módena, yogurt, mostaza, miel, sal y una cucharadita de azúcar morena.

—¿Y la zanahoria?—preguntó Dianne con cara de bruja mala a punto de hacerle un hechizo completamente incurable.

—¡Anda, se me ha olvidado!—dijo Max mintiendo descaradamente mientras depositaba la ensaladera en la mesa con una sonrisa de niño malo. Es que no le pegaba nada Dianne. Bueno, propongo un brindis. Lloyd sirve el vino por favor, el padrino quiere decir unas palabras.

—A sus órdenes, padrino—dijo Lloyd mientras servía generosamente el vino en las copas. —

—Seré breve que se nos enfría el Haggis y tiene una pinta de muerte—dijo Max con una amplia sonrisa. Querida April, querido Lloyd. Es un honor para mí ser el padrino de la boda de las dos personas más maravillosas que he conocido en mi vida. Os llevo para siempre en mi corazón, y os deseo toda la suerte y todo el amor que de verdad os merecéis. ¡¡Salud!! ¡¡Y viva los novios!!

—¡¡Viva!!—respondieron todos con los ojos algo humedecidos por la emoción del momento, mientras brindaban ilusionados con sus copas en alto.

Hannah había puesto el despertador a las ocho de la mañana, pero casi una hora antes se despertó y no pudo volver a conciliar el sueño.

La cena de la noche anterior, en contra de todas sus previsiones, había sido realmente divertida. Exceptuando las continuas salidas de tono y meteduras de pata de la estúpida de Dianne, todos lo habían pasado genial y el buen humor y la amena conversación habían reinado durante toda la noche. La felicidad por la boda había inundado de buen rollo la casa y todos habían vivido una velada estupenda, plagada de bromas, anécdotas, y bonitos recuerdos del pasado.

Max había resultado ser menos gilipollas de lo que ella pensaba. Para qué negarlo, había estado encantador durante toda la cena. Tal vez fuera por su intento de borrar los efectos de su metedura de pata en el cumpleaños de April. Pero, fuera como fuera, había demostrado ser un tipo bastante más divertido de lo que ella pensaba y desde luego bastante más culto que, al menos en principio, proyectaba su imagen de *bróker* sin escrúpulos de la Bolsa londinense únicamente interesado por el dinero y el valor de las acciones de Apple en la Bolsa de Frankfurt.

Al parecer sus aficiones artísticas no se circunscribían a la pintura, sino que asistía habitualmente al teatro, era un gran cinéfilo y un lector empedernido, aficiones todas ellas que Hannah practicaba de forma habitual. Estuvieron hablando durante un par de horas de cine clásico americano (el preferido de ambos), de los últimos estrenos musicales en el West End y de las lecturas recientes que habían tenido cada uno de ellos. Para sorpresa de Hannah, Max y ella no sólo compartían aficiones, sino gustos teatrales y literarios.

Para rematar la jugada, la noche anterior le había parecido bastante más atractivo de lo que le recordaba. En sus escasos encuentros siempre le había visto con traje y corbata, recién salido del trabajo, pero el día anterior llegó a la clara conclusión de que le favorecía mucho más la ropa de sport que los modelos de ejecutivo agresivo que solía llevar a su trabajo en la City, y en algún momento durante la conversación le había llegado a parecer hasta guapo, ataviado simplemente con unos vaqueros ajustados y una camisa de cuadros, vestimenta que le convertía en un tipo mucho más interesante, agradable, sencillo y cercano.

“Sorpresas te da la vida”, pensó Hannah. “En cualquier caso alguien que siente la más mínima atracción por una mujer como Dianne es evidente que tiene un lado oscuro más desarrollado que el mismísimo Darth Wader”. Dianne estuvo permanentemente interrumpiendo la agradable conversación que mantenían ella y Max, con el único ánimo de llamar la atención y ser la protagonista de la noche, pero, al menos en esta ocasión, no lo consiguió y Max se limitó a seguirle la corriente y

contestar con breves monosílabos las diversas chorradas que le iba preguntando con tal de que no hablara con Hannah ni intimaran entre ellos en lo más mínimo.

Finalmente sonó el despertador. Había que levantarse, le esperaba un largo y emocionante día por delante. Salió de su dormitorio rápidamente hacia la cocina para preparar el desayuno. Conforme a lo convenido, Lloyd y Max ya no estaban en la casa y se habían ido a primera hora de la mañana a casa de unos amigos del pueblo para, siguiendo la tradición, evitar ver a April vestida de novia antes de la ceremonia. April había dejado preparado un bizcocho el día anterior, por lo que Hannah se limitó a ponerlo sobre la mesa junto con una lata de mantequilla y un par de botes de cristal con mermelada casera que también había aprendido a preparar su hermana. Estaba cargando y encendiendo la cafetera justo cuando escuchó a sus espaldas:

—¡Buenos días hermana!

—¡Buenos días hermana! ¡Llegó el gran día! ¿Nerviosa?

—¡Ni un ápice!

—¿Ilusionada?

—¡Muchísimo!

—¡Dame un abrazo, anda, que te quiero un montón!—dijo Hannah estrechando a April entre sus brazos. Venga a desayunar, que tenemos mucho que hacer. Tienes a un chico muy guapo esperándote a las once en la puerta de la iglesia.

—¿Qué bien lo pasamos ayer, verdad?—dijo April mientras daba un buen mordisco a una porción de su estupendo bizcocho de nueces.

—Pues la verdad, debo confesarte que para mi absoluta sorpresa fue una cena muy divertida...

—Ya te he dicho mil veces que Dianne y Max no eran tan insoportables...

—Sólo tenías un cincuenta por ciento de razón mi querida hermana. Dianne me sigue pareciendo más tonta que un cenicero en una moto. Pero Max parece un tío majete. Tiene un punto de niño pijo altanero un tanto insoportable, pero cuando deja la pose, es un tipo agradable. Hasta ahí puedo leer...

—La receta de esta mermelada de moras me la dio la Señora Hudson, a ver si te la presento un día...

Hannah miró a su hermana extrañada, pensando si se le estaría yendo la cabeza por los nervios de la boda. Pero no. April seguía siendo la persona más centrada que había conocido en su vida y enseguida entendió las razones de su radical cambio de tema de conversación.

—Buenos días, chicas...—dijo Dianne con voz de sueño según entró en la cocina. ¿April, tienes una aspirina? Tengo un dolor de cabeza insoportable...

—Pues no sería por el vino que bebiste...—dijo Hannah soltando la primera puya del día.

—¿Tienes algún problema con que no beba alcohol?

—Pues no. Para serte sincera me trae absolutamente sin cuidado, por mí como si no bebes ni agua. A ver si estás embarazada. ¿Has tenido sexo con algún hombre en el último mes sin usar preservativo?

—Venga chicas, haya paz...—terció April mientras le daba la aspirina y un vaso de agua a Dianne.

—He tenido más sexo en el último mes que tú en toda tu vida mi querida Hannah—dijo la rubia siguiendo la guerra.

—Y yo que me alegro. Por eso te digo, que lo mismo estás embarazada, se te está poniendo cara de torta y te han crecido las tetas. Y yo creo que tu última operación fue hace ya más de tres años. Por cierto ¿Qué tal es Max en la cama?

—¿Por qué me lo preguntas, te lo quieres tirar? Porque vamos, ayer por la noche lo querías para ti solita...

—¿Y quién te dice que todavía no me lo he tirado?

—Porque si no no me lo preguntarías, chica lista. Cuando una se acuesta una vez con Max no lo olvida nunca...

—Ya será menos, fantasma...

—Te lo puedo asegurar—dijo Dianne haciéndose la interesante mientras se tragaba por fin la puñetera aspirina.

—Pues nada chica, disfrútalo mientras te dure...

—Ya me ocuparé yo de que me dure, por eso no te preocupes. ¿Qué te ha parecido?

—Creo que es perfecto para ti. Lo cual obviamente no dice mucho en tu favor...

—¡¡Ya basta!!—dijo a voz en grito April bastante cabreada. ¡¡Parecéis dos quinceañeras, lleváis toda la vida así!! ¿¿No vais a parar ni el día de mi boda??

—Perdona April, tienes toda la razón, somos unas impresentables—dijo Hannah. Perdóname Dianne, te lo digo sinceramente. Creo que Max es un buen tipo, cuida a ese chico que creo que puede hacerte muy feliz. Y te estoy hablando en serio.

—Gracias Hannah, gracias por el consejo. Yo también lo pienso, estoy bastante ilusionada con el tema...

—Pues ya sabes lo que tienes que hacer. Ganártelo día a día.

—Bueno, me alegro de que hayáis firmado por fin la pipa de la paz chicas. Hay que ponerse en marcha. Os quiero guapas a rabiarse aquí abajo a las once menos cuarto como un clavo.

—Pero... ¿no quieres que te ayudemos a vestirte o a maquillarte...?—preguntó muy sorprendida Dianne.

—Ni de coña—contestó April muy cortante. Voy a ir muy sencilla y además me apetece hacerlo a mi sola y disfrutar del momento.

—Pero... —insistió Dianne.

—No se hable más, quiero hacerlo así y así lo voy a hacer—insistió April. Odio los bodorrios, lo de hoy es otra cosa. Poneos guapas chicas, quedamos abajo a menos cuarto. A menos cuarto es a menos cuarto Dianne, no a y cuarto, que ya te conozco. La boda es a las once. A las once menos cuarto saldré por esa puerta contigo y con Hannah, aunque estés en bragas y sujetador ¿entendido?

—Entendido, no te preocupes, si vamos bien de tiempo...

—Fantástico. Pues venga, me voy a la ducha—dijo April mientras salía de la cocina. ¡Os veo en un rato chicas!

—¡Hasta ahora Señora Harvey!—dijo Hannah despidiendo a su hermana. ¿Dianne vas a desayunar?

—La verdad es que no tengo nada de hambre...

—Pues hala, súbete a la ducha, que tú solo en pintarte el ojo derecho tardas por lo menos media hora...

—Pero mira que eres exagerada...

—¿Cien libras por cada minuto que llegues tarde?—dijo Hannah desafiante estirando la mano para sellar el trato.

Dianne dio la callada por respuesta. Se levantó de la silla y salió de la cocina camino del cuarto de baño con cara de resignación mientras le decía a Hannah:

—Cría fama y échate a dormir...

Hannah apuró su taza de café y aprovechó el momento de soledad para disfrutar de la maravillosa vista que podía observar a través del enorme ventanal de la cocina. Estaba comenzando a nevar. Según Freud soñar con nieve significa estabilidad y prosperidad. Seguro que era una buena señal.



—¡¡Oh April, estás preciosa!!—exclamó Hannah completamente emocionada cuando vio a su hermana bajar por las escaleras.

—¡Muchas gracias hermana!—contestó April muy feliz y sonriente— ¿Te gusta el vestido? ¡Dime la verdad!

April había elegido para su boda un sencillo vestido de gasa con encaje. Llevaba pequeñas flores bordadas de color lila, azul, verde y amarillo en tonos pastel. Un maquillaje de efecto natural y una diadema realizada con flores naturales redondeaba una imagen sencillamente perfecta para la ocasión. Hannah también había acertado completamente para el tipo de boda al que estaban a punto de asistir, con un traje de dos piezas de aire bohemio y manga larga, confeccionado en una preciosa tela estampada con reminiscencias al lejano oriente y un sencillo recogido en el pelo, adornado con una pequeña pinza de nácar que había pertenecido a su madre.

Las dos hermanas iban absolutamente espectaculares. Sólo había un problema. Desentonaban absolutamente con Dianne. El vestido fucsia y dorado extremadamente corto, con escote asimétrico palabra de honor y plagado de pequeños apliques de cristal, todo ello rematado por una pámela dorada con un enorme lazo fucsia que no permitía ni verle la cara, parecía más apropiado para asistir a las carreras de caballos de Ascot que para celebrar una sencilla boda familiar en un pequeño pueblo de Escocia.

—Es sencillamente perfecto April. Justo lo que yo me habría puesto hoy. Insisto, estás preciosa—dijo Hannah con los ojos humedecidos por la emoción.

—¿Y tú no dices nada Dianne? ¿Cómo me ves? Chica dime algo...

—Vas guapísima, pero... creía que ibas a ir de blanco, con un traje de novia, como los de toda la vida...

—Pues no hija no. Ya te dije que no quería un bodorrio “de los de toda la vida”. Quiero un día especial con la gente a la que quiero. Sólo eso. ¡Hala, vámonos!—dijo April entregándole las llaves de la furgoneta Volkswagen a Hannah— ¿Sería usted tan amable mi querida hermana de acercarnos a la Iglesia? Church Street número 43, Dufftown, Escocia. No tiene perdida.

—Será un placer mi querida Señora Harvey—dijo Hannah abriendo la puerta de la casa y cediendo el paso a la novia.

—¿Vamos a ir en la furgoneta?—preguntó Dianne completamente escandalizada.

—¿Sí señorita, algún problema?—preguntó April, regodeándose al máximo en los complejos de niña pija de su querida amiga—

—No, no, ninguno en absoluto. Es que me parece todo tan raro...

—Tú sí que eres rara hija—dijo Hannah—No te preocupes mujer, que no estarán allí esperando los fotógrafos del Vogue. ¡Venga, andando que llegamos tarde!

Diez minutos más tarde llegaban a la pequeña y preciosa iglesia de piedra de Dufftown. Nevaba levemente. Lloyd y Max estaban allí esperándolas rodeados de los otros quince o veinte invitados a la boda, amigos del pueblo con los que la pareja había trabado amistad desde su llegada a la granja y que habían acabado convirtiéndose en la pequeña familia con la que compartían la vida a diario. Todos los hombres, incluidos Lloyd y Max, vestían con el típico *kilt*, la falda tradicional escocesa utilizada por los hombres hecha con telas de cuadros muy vistosos conocida como *tartan*. Un gaitero hacía sonar con su instrumento la famosa melodía “Mary’s wedding”, maravillosa canción que no puede faltar en cualquier boda escocesa que se precie.

—Esto es exactamente lo que quería Dianne—dijo April tremendamente emocionada. Ni en los mejores sueños de mi vida este momento podría haber sido mejor.

Lloyd y Max acudieron rápidamente hacia la furgoneta y el padrino abrió galantemente la puerta de la novia, ofreciéndole el brazo para bajar, invitación que April aceptó gustosamente, mientras Lloyd la observaba radiante de felicidad. Los novios se miraron con complicidad y a continuación, siguiendo la tradición, Max se dirigió hacia el interior de la iglesia con la novia cogida de su brazo, mientras Lloyd hacia lo mismo con Hannah en su calidad de madrina, siguiéndoles unos pocos pasos por detrás. Una vez alcanzado el pequeño altar, el padrino recibió a Lloyd, quien besó a April tiernamente en los labios y le dijo al oído que la amaba, quedando así finalmente situados los novios en primera fila frente al sacerdote y Hannah y Max juntos un par de metros por detrás.

—Estás absolutamente deslumbrante—le dijo Max a Hannah mirándola de arriba abajo mientras esperaban a que comenzara la ceremonia y se sentaran los invitados.

—Gracias... muchas gracias—dijo Hannah bastante descolocada por el inesperado halago. Tú también estás muy guapo, la verdad sea dicha...

No mentía. Max estaba tremendamente sexi con la falda escocesa, la chaqueta tradicional con la que se acompaña el *kilt* en las ocasiones especiales, los calcetines hasta la rodilla y unos preciosos zapatos de encaje cruzado. Muy pero que muy sexi.

—Muchas gracias Hannah. Si me lo dices en serio, me lo empiezo a poner todos los días para ir a la oficina. Seguro que me gana el respeto de todos los empleados y a partir de ese día me hacen mucho más caso que hasta ahora.

—Jaja. Bueno, tu prueba, nunca se sabe.

—Sólo le veo un pequeño problema...

—¡No me digas que es cierto que debajo de la falda los hombres escoceses no lleváis nada!—dijo Hannah haciéndose la sorprendida.

—¡Por supuesto que es cierto!

—En ese caso, lo descartaría. Tal vez no sea demasiado correcto ver al jefe echándole a alguien la bronca, sabiendo que lleva las pelotas al aire. Me parece poco serio—dijo Hannah con una abierta sonrisa.

—No, no lo es—dijo Max partiéndose de risa. ¡Desde luego que no lo es!

Finalmente se sentaron los invitados, el sacerdote hizo una señal, y el gaitero terminó de forma suave y melódica su interpretación de “Mary’s wedding”. La ceremonia estaba a punto de comenzar.

Fue la boda más bonita y emocionante a la que Hannah había asistido en toda su vida. Una vez finalizada la ceremonia, la magia volvió al pequeño recinto de piedra de la mano del gaitero, que esta vez eligió para cerrar el evento la maravillosa “Amazing Grace”. Siguiendo la tradición, el pequeño George, hijo de uno de los matrimonios invitados, y también ataviado con el *kilt*, entregó al nuevo matrimonio una herradura como símbolo de buena suerte. Todos los invitados comenzaron a aplaudir y se fueron acercando a felicitar a la pareja, después de que lo hicieran en primer lugar la madrina, el padrino y Dianne. Nada podía haber salido de mejor manera y tanto April como Lloyd lucían la mayor cara de felicidad que Hannah les había visto en los cinco largos años en los que aquella pareja llevaba compartiendo su vida.

La pequeña fiesta de celebración tuvo lugar en el “Royal Oak”, un pub típico del pueblo situado a escasos metros de la iglesia. Unos músicos contratados para la ocasión con un par de guitarras y un violín animaron la fiesta con canciones típicas escocesas, muy similares a la música *country* americana, y la mayor parte de los invitados a la cuarta o quinta cerveza se animaron a bailar como si no hubiera un mañana, mientras que los que no bailaban optaban o bien por cantar las canciones a pleno pulmón acompañando a los músicos o bien por llenar el estomago con el salmón, el *roast beef* o las deliciosas ensaladas que poblaban la mesa del bufet preparado para la ocasión. Por sus caras de felicidad, al parecer todo el mundo se lo estaba pasando en grande.

Hannah estuvo charlando con los invitados, pues ya les conocía a todos de sus numerosas visitas a Dufftown desde el traslado de Lloyd y April a aquel maravilloso pueblo, en el que todo el mundo era extremadamente amable y parecía ser inmensamente feliz. No le extrañaba en absoluto que Max se planteara también trasladarse a vivir allí, incluso ella se lo había pensado más de una vez. La calidad de vida en aquel pequeño pueblo enclavado en uno de los parajes naturales más bellos del mundo era indiscutible y al fin y al cabo ella trabajaba para sí misma y podía planificar su agenda casi con completa libertad, combinando su vida en Dufftown con los viajes a Londres que tuviera que hacer de vez en cuando por razones de trabajo.

En esos pensamientos andaba la buena de Hannah cuando alguien a su espalda, a quien reconoció inmediatamente por su voz, le dijo al oído: “Me acabo de poner unos calzoncillos. Ya no podía aguantar más el frío, debo de tener algo de sangre inglesa corriendo por mis venas”. Hannah estalló en una carcajada y se giró para reírle a Max la gracia.

—¡Los de la City es que sois muy blanditos! Os sacan de vuestras oficinas enmoquetadas con calefacción y ya estáis enseguida peladitos de frío.

—Tienes razón—dijo Max con una sonrisa. ¿Entiendes ahora mejor las razones de la quiebra de Lehman Brothers?

—Jaja. Por supuesto que sí. ¿Qué le vas a pedir a un tío que pasa frío en las pelotas simplemente porque las lleva al aire a diez grados bajo cero? Pues que arruine la economía mundial. Es lo menos que puede llegar a hacer.

—Jajaja. Me encanta tu sentido del humor Hannah, no sabía que eras así... Quería hablar contigo, ¿tienes cinco minutos?

—A ver.... —dijo Hannah mirando el reloj. Sólo te puedo conceder tres. Tengo a Brad Pitt esperándome en la cama y cuando llego tarde no veas las broncas que me monta.

—Sólo serán dos minutos entonces. El otro día pasaban por la televisión “Troya” y no me gustaría tener que enfrentarme a ese tipo. ¡Tenía unos brazos con más músculos que mis piernas!

—Jaja. Vaya, vaya. Resulta que el estirado de Max también tiene sentido del humor. Venga cuéntame.

—Te debo una disculpa...

—Uf. Max, hoy no es el día. Lo pasado, pasado está...

—Siento mucho lo que pasó en casa de tu hermana...

—De verdad, déjalo, no me apetece hablar del tema...

—Estaba borracho perdido y pasando una mala racha. Siento muchísimo lo que sucedió. Te lo digo de corazón, no simplemente por quedar bien y dar por cerrado el tema. Me parece repugnante lo que te hice y quería pedirte disculpas por todo aquello. He estado a punto de llamarte para pedirte disculpas un centenar de veces, pero cada vez que cogía el teléfono para hacerlo se me caía la cara de vergüenza.

—No te preocupes, estás perdonado. Olvídalo, son cosas que pasan.

—Quería hablarlo contigo, eso es todo, lo siento mucho y espero que algún día...

—¿Ey, no estaréis hablando mal de mí, no, par de pajarracos?—dijo Dianne acercándose a Max y Hannah simulando que hablaba en broma, pero con sus enfermizos celos a flor de piel visibles para cualquier ser humano con dos dedos de frente.

—¿Pues claro nena, que íbamos a estar haciendo si no?— contestó Hannah haciendo una mueca y dando a continuación un largo sorbo a la pinta de cerveza que sostenía entre sus manos. Estábamos planeando convencerte para que hicieras un seguro de vida a favor de Max. Luego yo te mato, cobramos la pasta y nos vamos los dos juntos a las Bahamas a beber daiquiris. Pero nos has pillado...

—Tú has visto muchas películas mi querida amiga—contestó Dianne encajando el golpe como buenamente pudo. Nunca podía estar al nivel sarcástico de Hannah por mucho que lo intentara y esa chica era muy tonta, pero no tanto como para hacer el ridículo delante del novio al que quería cazar. —

—Por supuesto. La que te acabo de contar es “Perdición”. Gran título por cierto...—contestó Hannah.

—Billy Wilder. 1944. Gran película, sí señor—agregó Max a continuación.

—Vaya, sí que te gusta el cine clásico, no me estabas engañando...

—Yo no miento casi nunca jaja.

—Cariño, vamos a bailar un poco anda, que no me estás haciendo ni caso—dijo Dianne a Max abrazándole por la cintura y mirándole con cara provocativa. Sólo me quieres para el sexo y eso no puede ser.

—Sí claro, venga, vamos a bailar un poco—dijo Max con cara de no saber dónde meterse por la vergonzosa actitud de Dianne. Bueno gracias por todo Hannah, quería hablar contigo del tema, eso es todo.

—¿De qué querías hablar con Hannah, Max?—preguntó Dianne completamente intrigada.

—De la liga inglesa. Soy corredora ilegal de apuestas y Max me estaba pidiendo asesoramiento. Iros a echar un baile anda, que os vendrá bien.

Max consiguió llevarse a Dianne de allí antes de que siguiera haciendo el ridículo mientras Hannah pensaba por decimosexta vez a lo largo del día que el nivel de estupidez de aquella chica era completamente superior a sus fuerzas. Dianne siempre conseguía sacarla de sus casillas y Hannah deseó con todas sus fuerzas que llegara el lunes, para que la parejita se fuera a su viaje a las Highland y la dejaran en paz en la granja durante la semana que tenía proyectado pasar allí de vacaciones, hasta la vuelta de April y Lloyd de su viaje de luna de miel.

La fiesta siguió muy animada durante un par de horas más. Finalmente la música llegó a su fin y los invitados poco a poco se fueron despidiendo de los novios y poniendo camino hacía sus respectivas casas porque al día siguiente había que trabajar. A las seis en punto, según lo previsto, un taxi pasó a recoger a los novios para llevarles al aeropuerto de Edimburgo, donde esa misma noche tomaban un vuelo a Nueva York. Hannah, Dianne y Max les acompañaron hasta el taxi para despedirse de ellos. Max y Lloyd se abrazaron, Dianne no hizo más que quejarse del frío y Hannah se dirigió en un aparte a hablar con su hermana.

—April, ha sido la boda más bonita del mundo, jamás olvidaré este día—dijo Hannah con unas inevitables lagrimillas en los ojos— ¡Me encanta veros así, os espera una vida repleta de felicidad! Disfrutad de la ciudad más divertida del mundo y olvidaos de todo. Venga iros que me voy a echar a llorar. ¡Nos vemos a la vuelta!

—Gracias a ti por estar en mi vida—dijo April. ¿Sabes que eres maravillosa, verdad Hannah?

—No April, no lo sé. Pero supongo que en algún momento de mi vida lo acabaré descubriendo—dijo abrazando largamente a su hermana.

—Confía en ti misma, eso es todo Hannah. Confía en ti—le dijo su hermana mientras los recién casados se subían al taxi.

—Lloyd, gracias por hacerla tan feliz. ¡Cuídamela mucho, por favor! ¡Y tomaros un sándwich de pastrami en el “Katz’s” a mi salud!

—¡Cuenta con ello! ¡Mil besos Hannah!—dijo Lloyd desde la ventanilla, mientras el coche arrancaba camino de Edimburgo.

Todos siguieron con la mirada el taxi agitando sus manos a modo de despedida hasta que el vehículo giró a la derecha al final de la calle y lo perdieron de vista. Fue justo en ese momento cuando Hannah rompió a llorar. Amaba profundamente a su hermana y la emoción del momento la pudo. Max la miraba sin saber muy bien qué hacer y Dianne la observaba como un bicho raro, sin hacer el más mínimo atisbo de abrazarla para consolarla, mientras seguía quejándose del frío que hacía en aquel “pueblucho de mierda”. Finalmente Max abrazó a Hannah. Simplemente la abrazó sin decir nada, pues un hombre inteligente que sabe tratar a una mujer, es siempre consciente de que hay momentos en los que sobran las palabras. Cuando a los pocos minutos se le pasó el berrinche y se calmó un poco, por fin Hannah pudo hablar.

—Gracias Max, lo necesitaba—dijo Hannah con palabras entrecortadas. Definitivamente estás perdonado, lo que se da por lo que se quita. Firmamos la paz, todo está olvidado por mi parte. Bueno pareja, si os apetece os invito a la última

cerveza y nos despedimos. Esta noche quiero dormir doce horas seguidas y cuando me levante ya habréis salido para las Highland.

—¡Fantástico, te acepto esa última cerveza!—dijo Max muy animado. Todavía no me has dicho a cuanto se paga el Manchester-Chelsea del próximo domingo jajaja.

—Siete a uno si me pagas por adelantado—dijo Hannah extendiéndole la mano como para recibir el dinero.

—¡Hecho, me parece...!

—Max, vámonos a casa, anda cariño. Tengo mucho frío y me apetece mucho meternos en la cama—dijo Dianne abrazándole y poniendo toda la pose seductora que le fue posible.

—Pero mujer, si es sólo una cerveza...

—Que no me apetece, de verdad—insistió Doña Celosa.

—Bueno chicos, dejémoslo aquí—dijo Hannah decidida a evitar una nueva discusión con Dianne. Pasadlo de maravilla en vuestro viaje, creo que las Highland son maravillosas, seguro que os va a encantar. Venga dadme un beso, yo me voy a tomar esa última cerveza...

—Adiós cariño—dijo Dianne dándole un beso en la mejilla despidiéndose—Espero que tardemos mucho en volver a vernos. Tu yo definitivamente no nos entendemos.

Hannah decidió no responderla como se merecía. Estaba de aquella descerebrada hasta el moño y lo único que quería en ese momento era perderla de vista.

—No le hagas caso Hannah, ya sabes cómo es—dijo Max mientras le devolvía el beso. Me ha encantado verte de nuevo. Acuérdate de avisarnos para la inauguración de tu exposición en Junio, será un placer ir a verte. Si te apetece, claro está...

—Cuenta con ello, te llamaré—dijo Hannah, esta vez con sinceridad. Lo dicho, cuidaos mucho y pasadlo bien en el viaje.

Max y Dianne se pusieron en marcha hacia el Range Rover para volver a la granja y Hannah dirigió sus pasos hacia la entrada del pub. Justo cuando estaba a punto de entrar escucho como Max le gritaba a su espalda.

—¡¡Hannah!! ¡¡Hannah!!

—¡Dime!—contestó Hannah desde la puerta del pub.

—¿Por qué no te animas y te vienes con nosotros a las Highland? Tengo preparada una ruta preciosa. Creo que te gustará y lo podemos pasar muy bien los tres juntos. Me encanta veros discutir—dijo Max a voz en grito con una sonrisa absolutamente cautivadora.

Hannah se quedó completamente bloqueada. No se esperaba aquella propuesta ni por asomo. La respuesta la tenía clara. Un no redondo, rotundo, inapelable. ¡No iría con ese par de impresentables ni al mismísimo Paraíso con todos los gastos pagados,



por el amor de Dios! Pero justo cuando iba a darle a Max su respuesta, vio en los ojos de aquel chico tan guapo vestido con falda escocesa una mirada especial, distinta, chispeante, que nunca le había visto antes en ninguno de sus encuentros. Dudó un segundo, tal vez dos. Quizá tres. A continuación se cruzó en su vista la mirada de Dianne. La aterrorizada y odiosa mirada de Dianne a su “medio novio” ante aquella proposición absolutamente fuera de lugar, cuyas razones no alcanzaba a entender de ninguna de las maneras y si las entendía, no le gustaban en lo más mínimo. Dianne. Maldita Dianne.

—¡Pues claro que sí!—dijo Hannah a voz en grito— ¡Creía que no me lo ibais a proponer nunca, tengo una semana de vacaciones! Me apetece muchísimo ese viaje, contad conmigo. ¿A qué hora salimos mañana?

—¡A las diez! ¿Te parece bien?—dijo Max loco de contento mientras Dianne le miraba con la misma cara que ponía la niña de “El Exorcista” cuando le visitaba el Padre Merrin.

—¡Me parece fenomenal! ¡Hasta mañana entonces!

—¡Hasta mañana, Hannah!—gritó Max— ¡Hasta mañana!

Hannah entró finalmente en el pub y se pidió la última pinta de “Tennens” mientras se preguntaba bastante aturdida por las razones que podían explicar por qué acababa de cometer aquella estupidez. Estuvo todo el tiempo dándole vueltas a la cabeza, sin entender exactamente por qué había hecho esa inmensa tontería. Pidió la cuenta y decidió finalmente dejar una nota en la cocina diciéndoles que había recibido una llamada esa misma noche y que le resultaba completamente imposible acompañarles al viaje, pues debía regresar inmediatamente a Londres por un asunto urgente de trabajo. No iba a ir a ese viaje. Sí, había metido la pata, pero todavía estaba a tiempo de solucionarlo.

Le trajeron la cuenta, pagó el importe de la pinta y dejó una libra de propina, les habían tratado muy bien a toda la familia y a los invitados en el “Royal Oak”. “Gracias, corazón”, le dijo amablemente la camarera al retirar la propina. Fue entonces, en ese justo momento, cuando recordó aquella frase de la gran escritora francesa Marguerite Yourcenar que April tenía en un imán con forma de corazón pegado en la nevera de su cocina: “Hay que escuchar a la cabeza, pero dejar hablar al corazón.”

Y entonces lo comprendió todo.

# SEGUNDA PARTE

DIANNE

—¡Buenos días, Hannah!—dijo un alegre Max según entró por la puerta de la cocina— ¿Todo preparado?

—¡Pues claro hombre, por supuesto!—contestó Hannah disimulando un falso entusiasmo por el viaje. Yo soy una mujer de palabra. Buenos días, Dianne.

—Hola—dijo Dianne muy seca.

—¿Qué es lo que te pasa?—preguntó Hannah haciéndose la tonta como si no supiera perfectamente lo que le pasaba a aquella estúpida de los demonios. ¿Te duele la cabeza?

—Un poco...—contestó la rubia bastante estirada y mohína.

—Uy, pues ya son muchos días así. Dolor de cabeza, falta de sueño, irritabilidad, piel apagada, brotes de acné... Vaya, lo siento cielo, son señales inequívocas de falta de sexo...

—¿Lo sabes por propia experiencia, verdad?—contestó Dianne bastante enojada.

—Sí, estuve así como tú varios meses. Luego ya el cuerpo se acostumbra y los síntomas desaparecen. Mírame ahora lo divina que estoy, y eso que llevo un año sin echar un buen polvo.

—Jaja. Ya será menos—dijo Max a carcajada limpia.

—Te lo juro por mis niños—contestó Hannah sonriendo— ¿Ya habéis terminado de desayunar? Yo sólo voy a tomar un café, ayer me pasé con la comida y las cervezas y hoy voy a cortarme un poco...

—Haces bien, —dijo Dianne—te estás hinchando como un globo. No se te olvide ponerte el cinturón de seguridad en el coche, a ver si vas a salir volando por la ventanilla.

—No te preocupes, que si veo que empiezo a levantarme del asiento me agarro a ti como una lapa y tu ego nos mantendrá pegadas al suelo con más intensidad si cabe que la propia fuerza de la gravedad—dijo Hannah mientras se servía un café.

—Muy graciosa....

—Dianne. Si te molesta que vaya a este viaje con vosotros no tienes más que decírmelo. Me parece que no te hace ninguna gracia que os acompañe—dijo Hannah haciéndose de nuevo la tonta, a sabiendas de que Dianne no lo reconocería por nada del mundo delante de Max. Se trata de que lo pasemos bien los tres juntos. Si por alguna razón prefieres que me quede aquí, es mejor saberlo ahora antes que

fastidiarnos todos una semana de vacaciones.

—No le molesta Hannah, no te preocupes—contestó Max sonriente mirándola a los ojos. Ya sabes cómo es...

—No, claro que no me molesta—dijo Dianne mirando a Hannah con cara de querer asesinarla en ese mismo instante. ¿Por qué iba a molestarme, mujer? Es lo que más me apetece en este momento, irnos los tres juntos de viaje a las Highland...

—Ah, pues me alegro entonces de que sea así. Es que no sé, te veía un poco desanimada. Pero claro, será el dolor de cabeza. En fin, ¿cuál es el plan de viaje Max?

—¡Tengo todo planeado!—respondió Max con entusiasmo sirviéndose otra taza de café y desplegando un mapa encima de la mesa. Si os parece bien, claro está...

—Bueno, lo vemos y votamos las propuestas, ¿no?—interrumpió Dianne. Yo tengo mucho interés en ver...

—A mí me parecerá bien lo que propongas, Max—dijo Hannah. No conozco las Highland y seguro que todo es precioso. Si tú has estudiado la ruta no tengo nada más que decir.

—Venga, yo os cuento y si hay algo que no os apetece o que me he dejado fuera de la ruta, pues lo cambiamos y en paz—contestó un conciliador Max—Veamos. Mi propuesta es salir hoy de Dufftown hacia Inverness, la puerta de entrada a las Highland. Podemos dar una vuelta por la ciudad y acercarnos a ver el lago Ness, a ver si hay suerte y podemos echar un vistazo al monstruo.

—Lo verás seguro, el monstruo ya lo llevamos aquí con nosotros—dijo Dianne.

—Ten cuidado con el monstruo, a ver si te va a dar un buen mordisco en la oreja—contestó Hannah.

—Haya paz chicas, haya paz, por favor os lo pido. Os propongo comer algo por allí y luego por la tarde acercarnos hasta Dingwall, un pueblo pequeño muy bonito que está muy cerca de Inverness. Podemos hacer noche allí.

—Por mí perfecto—dijo Hannah.

—Me parece bien—corroboró Dianne.

—Formidable. Luego mañana os propongo que tiremos hacia Glen Coe, al parecer los paisajes son espectaculares—dijo Max marcando con su dedo la ruta sobre el mapa. Seguimos después a través de Fort William, junto a Loch Linnhe, el lago más largo de Escocia, hasta llegar a Ben Nevis, el monte más alto del Reino Unido, con unas vistas que quitan el hipo. Comemos algo y continuamos a través de los Trossachs hasta Arisaig y Morar, dos pueblos pesqueros preciosos y hacemos noche en Mallaig, muy cerca de allí.

—¿No va a ser mucha paliza de coche?—preguntó Dianne con su habitual predisposición positiva hacia cualquier cosa interesante que le ofreciera la vida.

—¿Qué son los Trossachs?—preguntó Hannah con curiosidad.

—Una zona con los más bellos lagos de Escocia: Loch Katrine, Lake of Menteith,

Loch Lomond... Una autentica pasada—contestó un exultante Max.

—¡Te lo compro!—dijo Hannah con entusiasmo, ya que iba emocionándose con el viaje según iba conociendo las maravillas de la naturaleza que les esperaban por delante.

—¡Bien!—dijo Max, también muy entusiasmado. Hombre, son kilómetros, pero no te preocupes Dianne, que tengo todo muy estudiado y tampoco es tanta paliza. Se trata de conocer las Highland ¿no?

—Que sí...—dijo Diane con bastante desidia. Si sólo digo que no me apetece mucho estar todo el día metida en el coche, ya sabes que me mareo mucho...

—¡Pues tómate una Biodramina, coño!—explotó Hannah, harta de las continuas pegadas de esa tía insoportable—

—Al día siguiente la idea es tomar el ferry que sale desde Mallaig hasta la Isla de Skye y pasar el día allí, hay mil cosas que ver y según dice todo el mundo la isla es espectacular—dijo Max continuando con la narración del plan de viaje para evitar más disputas entre las dos mujeres, de las cuáles ya estaba empezando a hartarse.

—Tengo muchas ganas de conocer Skye, vi un documental en la BBC y estuve una hora con la boca abierta—dijo Hannah.

—Hacemos noche por allí—continuó Max—y al día siguiente podemos hacernos toda la costa hacia el norte, hasta los fiordos de Torrison, donde según la guía se come el mejor salmón y marisco del mundo. Hay pueblos de autentica postal, como Redpoint, Craig y Diabeg. Y desde allí, vuelta a Inverness con parada final en Dufftown, en esta santa casa.

—¿Y no vamos a ver Glasgow?—preguntó Dianne completamente conmocionada por tan grave acontecimiento.

—Pues... no lo tenía previsto, la verdad. Glasgow no está en las Highland, Dianne—dijo Max bastante flipado. Y además se trata de ver naturaleza, no grandes ciudades. A Glasgow se puede ir en cualquier momento, debe haber como cincuenta vuelos diarios desde Londres por treinta libras ida y vuelta. Además tenemos que traer a Hannah aquí de vuelta...

—Es que hay varias calles muy interesantes en las que han montado talleres diseñadoras de moda muy vanguardistas que me interesa ver... anda Max... dame ese capricho hombre...—dijo Dianne acariciándole la cara y el pelo como una gata en celo.

—Ummm.... —dijo Max pensando cómo salir de aquella. Te propongo una cosa. Cuando dejemos aquí a Hannah, en el camino de vuelta paramos un par de días en Glasgow, en lugar de hacerlo en Edimburgo como teníamos planeado. ¿Te parece bien?

—¡¡Me parece fenomenal!!—dijo Dianne exultante de alegría al ver que se había salido con la suya mientras le daba un beso en los labios al bueno de Max— ¡Muchas gracias cariño, eres maravilloso!

—Pues venga, no se hable más. Ruta aprobada. ¿Nos ponemos en marcha?—dijo

Hannah levantándose y llevando las tazas del desayuno al fregadero— ¡Que si no se nos pasa la mañana!

—¡*Avanti* a toda máquina!—dijo Max también levantándose de la mesa. ¡Las Highland nos esperan!

Todos fueron al salón, recogieron su equipaje y salieron hacia el coche. Hannah observó a Max. Estaba guapísimo. Vestía un jersey gris de cuello alto, con un pantalón de pana del mismo color que el chaquetón marinero azul que llevaba colgado del brazo. Hannah también había elegido ropa sencilla y de abrigo, con un grueso y confortable jersey blanco, unos vaqueros y una *para* verde, más un gorro de lana y una bufanda para protegerse del frío que con toda seguridad les esperaba a lo largo del viaje. Diane seguía en su línea *top modelo* y había optado por un vestido corto de tablas blanco y rosa, con un chaleco de cuero marrón y unos zapatos de ante con un llamativo tacón, por lo que una vez más, parecía más preparada para asistir a un estreno de “Aida” en el Royal Albert Hall, que a pasar unos días en el campo disfrutando de la naturaleza. “Se va a pelar de frío”, pensó Hannah al verla el modelito.

Cargaron cada uno su equipaje en el maletero del coche (tres maletas y un neceser de Dianne, una maleta pequeña de Hannah y un bolso de viaje de Max) y se dispusieron a comenzar su maravillosa ruta por las Highland.

—¡Yo me pido el asiento del copiloto!—dijo Dianne mientras salía corriendo hacia la puerta del coche para que nadie le pudiera arrebatar su más preciada posesión.

—Buena idea—dijo Hannah. Así si te mareas y te entran ganas de vomitar te da tiempo a sacar una bolsa de plástico de la guantera. Como en los aviones.

Todos se subieron al coche, se pusieron los cinturones de seguridad y mientras Max introducía su destino en el GPS del Range Rover, Dianne seleccionó la música en el panel de control del vehículo establecido para tal fin. A continuación, empezó a sonar el último éxito de David Guetta al mismo nivel que si estuvieran bailando a las cuatro de la mañana en el “Ministry of sound”, el afamado club nocturno de Londres. En ese momento Hannah escuchó en su teléfono móvil el típico sonido que le indicaba que acababa de recibir un mensaje de Whatsapp.

—¡¡¡Me acaba de escribir April!!!—dijo gritando a todo pulmón para que los pasajeros de la parte delantera del coche la pudieran escuchar. ¡¡¡Que han llegado perfectamente, que están muy bien y que os dé recuerdos!!!

—¡¡¡Gracias!!!—acertó a decir Max entre aquel estruendoso volumen de decibelios. ¡¡¡Dianne, te importa bajar un poco la música por favor, nos quedan muchas horas de coche por delante!!!

Hannah contestó el mensaje de su hermana y tras muchas dudas, le mandó un segundo Whatsapp, en el que le decía que se iba de viaje a las Highland con Max y Dianne. April, tardó más de cinco minutos en contestar. Sonó de nuevo el aviso en el móvil y Hannah se precipitó rápidamente a ver la pantalla para leer el mensaje con la opinión de su bendita hermana ante aquella demencial decisión. “¿Estás loca? ¡Que Dios os pille confesados!”.

Hannah adoraba a April, pero en algunas ocasiones le parecía una persona verdaderamente detestable.

Sobre todo cuando tenía la razón.

A pesar del estruendo musical que reinaba en el coche, Hannah finalmente consiguió quedarse dormida y echar una cabezada.

La noche anterior había dormido poco y mal, dándole muchas vueltas a la cabeza. Estaba confusa. Por un lado no hacía más que preguntarse por qué había dicho que sí a ese viaje. Por otro lado, se decía a sí misma que se relajara y que, total, hacer una tontería de vez en cuando, es lo que realmente le da sal a la vida. En definitiva, que la falta de horas de sueño y el exceso de cervezas del día anterior pudieron con ella más que la música del D.J. más famoso del mundo y cuando se despertó de nuevo vio en su reloj que llevaban más de dos horas de viaje y que, afortunadamente, el show musical de Dianne, al menos por el momento, había llegado a su fin.

Por la ventana del coche se podía ver un paisaje absolutamente espectacular. A su izquierda se observaban pequeñas montañas plagadas de pinos, abetos y abedules, mientras que a su derecha les acompañaba una costa extraordinariamente bella, formada por inmensos acantilados tremendamente escarpados que eran continuamente acariciados por un inmenso e inabarcable mar con un color verdaderamente único en el mundo, mezcla de gris, verde y azul.

—¿Ya se ha despertado la Señora Marquesa?—preguntó Dianne con su voz de pito y amabilidad habitual.

—¿Dónde estamos?—contestó Hannah entre bostezos y todavía algo adormilada.— Esto es verdaderamente precioso...

—En Nairn—dijo Max. He preferido venir por la costa aunque se tarde un poco más que por la A-95. Como ves merece la pena, las vistas son impresionantes.

—¡Y tanto! ¡Es increíble!—dijo Hannah verdaderamente emocionada por el maravilloso espectáculo que les brindaba la naturaleza en aquel punto de Escocia.

—Sí, es muy bonito—dijo Dianne sin la más mínima emoción. Max necesito que paremos en la próxima gasolinera que puedas, necesito ir al baño.

—¿Estás mareada?—preguntó Max algo alarmado al pensar en la posibilidad de que la rubia vomitara en su apreciado Range Rover.

—No, no estoy mareada. Es que sencillamente me estoy meando, ya que preguntas. ¿Algún problema? ¡Porque vamos, es que una ya no puede decir nada, todo te molesta!

—Perdona, a mi no me molesta nada, no sé porque dices eso—respondió Max con toda la serenidad de la que fue capaz ante aquella nueva salida de tono de Dianne. Sencillamente te lo preguntaba por saber si era urgente o aguantabas un poco. Había



pensado parar a comer en Culloden, justo a la entrada de Inverness. He leído en la guía que hay un sitio estupendo al lado del lago Moray que hacen unos mejillones que...

—¿Y cuánto falta hasta allí? ¡Es que necesito ir al baño y necesito ir ya Max, no pienso viajar en estas condiciones, es que no te entiendo!

—Faltan veinte minutos, máximo media hora...

—¡¡Uy, no!! No puedo esperar tanto, estoy que reviento...

—Yo creo que has cogido frío en la vejiga—dijo Hannah metiendo baza para chingar. Vas vestida como si fueras esta tarde a la presentación de la colección de primavera-verano de Stella McCartney en la semana de la moda de Londres.

—¿Y qué quieres que me ponga, so lista?

—Pues ropa para ir al campo en Escocia en pleno mes de diciembre mi querida amiga. Según vayamos entrando en las Highland te vas a pelar de frío. Tú que eres tan experta en moda, deberías de saber que unos zapatos de tacón y un vestido que te llega dos palmos por debajo de la cintura no es el modelito más adecuado para andar por el campo a dos grados bajo cero. Digo yo vamos.

—No creo que vayamos a subir al Himalaya, “digo yo vamos”—contestó Dianne repitiendo en tono burlón las últimas palabras de Hannah.

—Pues no. Pero unos pantalones de invierno, un forro polar, unas botas que abriguen un poco y un buen abrigo que te sirva para la lluvia no te habrían venido nada mal. Y apuesto cien contra uno a que no llevas ni una sola de esas cosas en ninguno de los tres maletones que llevas ahí atrás.

—Tú por mí no te preocupes bonita, que ya sé yo cuidarme mucho bien solita. Y si necesito algo más de abrigo pues me lo compro en algún centro comercial por el que pasemos y punto.

—Jajaja ¿Algún centro comercial?—preguntó Hannah partiéndose de la risa. ¿Pero tú en que planeta vives, Dianne? ¿Tú crees que vas a encontrar un centro comercial en algún pueblecito de las Highland? Por el amor de Dios...

—Mira, ese hotelito tiene buena pinta—dijo Max señalando un edificio de piedra muy bonito que podía verse desde la carretera. ¿Paramos ahí, entras al baño y aprovechamos para comer algo?

—Ay, no sabes cuánto te lo agradecería cariño, de verdad que no puedo más...

—¿Te parece bien Hannah?

—Con tal de que esta tía se calle, pararía en el mismísimo infierno, Max.

Max se salió de la carretera y cogió un pequeño camino que a unos trescientos metros terminaba en el “Banderloch Glen Inn”. Aparcó el Range Rover junto a otros cuatro coches que también estaban estacionados en la entrada y apagó el motor. Dianne salió corriendo hacia el interior del hotelito mientras Max miraba a Hannah por el retrovisor con una sonrisa impagable.

—Esta Dianne...—dijo Max contemporizando, para quitarle hierro al último

espectáculo que acababa de montar la rubia. —

—¿Te puedo preguntar una cosa?—dijo Hannah.

—¡Claro!—dijo Max volviéndose hacia el asiento trasero del vehículo para mirar a Hannah.

— ¿Cómo la soportas?

—Ummmm... —dijo Max quedándose muy pensativo. Con mucha paciencia. Sí, creo que eso es. Con mucha paciencia, Hannah. Ah, y viéndola únicamente un par de veces al mes, claro. Una dosis superior a esa sería francamente insoportable.

—Jajaja. ¿Sólo os veis un par de veces al mes?—preguntó Hannah verdaderamente sorprendida.

—Sí claro, ¿qué te creías, que vivíamos juntos o algo así?—dijo Max bastante escandalizado.

—No hombre no, no tanto como eso. Pero pensaba que había entre vosotros algo más...

—¿Más qué?—preguntó Max muy extrañado.

—No sé... más... ¿serio?

—Dianne es una magnífica vendedora Hannah, a estas alturas ya tenías que saberlo. Por eso le van tan bien los negocios y su tienda vende el doble que el resto de locales de moda de Chelsea. Porque Dianne es una gran vendedora. Eso es todo. Venga, os invito a comer. A ver con que nos sorprende este precioso sitio.

—Nada de invitaciones. Pagamos a medias, cada uno lo suyo—dijo Hannah bajándose del coche.

—Sólo esta vez, te lo prometo. Es la primera comida del viaje y me apetece celebrarlo—dijo Max bajándose del coche también. ¿Me aceptas la invitación o no?

—Sí es sólo por esta vez, sí—respondió Hannah sonriendo.

—Trato hecho Señorita Fryman—dijo Max estrechándole la mano para sellar el pacto.

—¿Puedo hacerte una última pregunta...?—dijo Hannah con cara de pícara.

—Por supuesto—contestó Max con la misma actitud traviesa que ella. Ya te lo he dicho, puedes hacerme todas las preguntas que quieras...

—¿Por qué me invitaste ayer a hacer este viaje? Por más vueltas que le doy al tema no lo acabo de comprender mucho...

—Eso tendrás que descubrirlo por ti misma, Hannah—dijo Max mirándola fijamente a los ojos. El viaje acaba de comenzar. Dale tiempo y relájate. No tenemos ninguna prisa, ¿no te parece?

El “Banderloch Glen Inn” resultó ser un sitio muy agradable, frecuentado por trabajadores de la zona por sus generosas raciones de comida casera. Dianne se comió de nuevo su consabida ensalada de siempre, por lo que Hannah llegó a la clara conclusión de que tanto amor por parte de la rubia hacia la lechuga era la única razón que explicaba, tanto su imponente figura, como su lacio y mustio carácter. Ella y Max habían optado por un enorme tazón de *Cullen Skink*, una sopa tradicional escocesa hecha a base de patatas, cebollas, nata, salmón ahumado y mejillones que les había resultado tremendamente reconfortante y que había elevado su temperatura corporal en varios grados, cosa que se agradecía enormemente con aquellas bajas temperaturas.

Tras un rápido café, Max pagó la cuenta y los tres salieron a la calle. Hannah salió corriendo hacia el coche y se situó junto a la puerta del copiloto. Le traía absolutamente sin cuidado la parte del coche en la que viajar, y de hecho prefería tener entera para ella la amplia parte trasera del Range Rover, pero lo hizo para poner un poco en su sitio a Dianne. Quedaban muchos días de viaje por delante y como no centrara un poco a aquella loca caprichosa, le iba a amargar la vida durante toda la semana, hora tras hora, minuto a minuto, segundo por segundo.

—¿Dónde vas?—dijo de muy mala leche Dianne cuando se percató de la jugada— ¡Ese es mi sitio, Hannah!

—¿Ah, sí? ¿Dónde lo pone?—contestó Hannah sin moverse un solo centímetro de la puerta.

—¡No me toques las narices, Hannah!—dijo Dianne saltando como una auténtica leona.

—Tendremos que ir turnándonos un poco. ¿No te parece lo más justo? Digo yo, vamos...

—No, no me parece lo más justo. Este viaje lo íbamos a hacer Max y yo y tu finalmente te has apuntado de paquete, así que...

—Dianne, es no es exactamente así—terció Max bastante enfadado—Hannah ha venido al viaje porque yo la invité a que lo hiciera. Lo sabes exactamente igual que yo, básicamente porque estabas delante cuando se lo dije. Y que yo sepa, hasta ahora nunca has dicho que no quisieras que viniera...

—¡Pero es que...!

—Déjame terminar por favor—cortó Max de forma bastante tajante. A mí me da exactamente igual donde os sentéis y de hecho tendremos que irnos turnando para

conducir porque vamos a hacer muchos kilómetros. Lo único que te pido es que, por favor, dejes de comportarte como una quinceañera caprichosa.

—Yo no...—balbuceó Diane—

—Sí, tu sí Dianne. Tú te comportas muchas veces a lo largo del día como una quinceañera caprichosa. Te pido por favor que pongas de tu parte para que pasemos unos días agradables, sin necesidad de estar discutiendo todo el tiempo.

—No, si ahora seré yo la mala de la película—dijo Dianne haciéndose la víctima. ¡Es que si no voy delante me mareo, ya lo sabes!

—Yo lo que creo es que le echas mucho cuento—dijo Hannah, que había permanecido callada durante todo ese tiempo. Tú ganas. Que sepas que iba a sentarme atrás, sólo quería saber, más bien confirmar, como te comportabas.

—¡Eres una mentirosa, Hannah! Ahora dices eso para quedar bien, pero tú lo que querías era quitarme mi sitio, como siempre has hecho desde que nos conocemos, dicho sea de paso...

—Te equivocas Dianne, te equivocas—dijo Hannah retrocediendo hacia la puerta trasera del vehículo. Has quedado retratada y bien retratada. Venga, súbete a “tu” sitio y vámonos que se nos hace tarde. Estoy harta de estar discutiendo contigo todo el día por estupideces sin la más mínima trascendencia.

Finalmente subieron todos al vehículo y se pusieron en marcha hacia Inverness, la capital de las Highland. Durante los primeros minutos del trayecto nadie abrió la boca. El mal rollo se había instalado entre los ocupantes del vehículo y nadie tenía ganas de dar el primer paso para romper el hielo. Finalmente fue Dianne quien lo dio. Y lo hizo a su manera. Puso a toda pastilla en el equipo de música del coche “We Found Love” de Rihanna, mientras cantaba la canción a pleno pulmón y la acompañaba bailando desde su asiento con movimientos sensuales decididamente exagerados.

“Definitivamente, lo que más le gusta a esta chica en el mundo es llamar la atención”—pensó Hannah mientras se daba cuenta de que Max no la perdía de vista por el retrovisor para observar su reacción. A continuación Dianne siguió con su repertorio musical: Miley Cyrus, Beyonce, Selena Gómez, Britney Spears y Justin Beaber. De Nelly Furtado les salvó Inverness, dado que cuando entraban en la pequeña ciudad, Max le pidió que bajara la música porque no escuchaba las indicaciones del GPS para llegar al centro de la ciudad. Dianne se enfadó de nuevo por el comentario y apagó definitivamente aquella tortura, para alegría de Max y Hannah, que llevaban casi media hora de sufrimiento para sus oídos.

Inverness resultó ser bastante más grande y ruidoso de lo que se esperaban, y apuntaba a ser más bien una ciudad pequeña que un pueblo grande. Dieron una vuelta rápida por el centro histórico, visitaron el castillo, dieron un breve paseo por el Canal de Caledonia con sus pequeños barcos atracados a las puertas de preciosas casas rodeadas de árboles inmensos y cisnes que nadaban plácidamente por allí, y se fueron de nuevo a recoger el coche camino del lago Ness, pues el último barco de paseo para recorrer el lago salía en aquella época del año a las cuatro de la tarde. Poco más de veinte minutos después cogían en el embarcadero un pequeño barco para turistas que

les hizo un precioso recorrido por el lago, que resultó tener una forma muy curiosa, al ser extremadamente largo, casi cuarenta kilómetros de longitud, pero a su vez muy estrecho, un kilómetro escaso.

No es necesario decir que del famoso monstruo no vieron ni la sombra, a pesar de que la tripulación del barco insistía una y otra vez a todos los pasajeros que estuvieran atentos, y que ellos mismos lo habían visto con sus propios ojos al menos un par de veces por cabeza, en un claro intento de perpetuar por varias generaciones los sin duda ingentes ingresos que la leyenda proporcionaba a los habitantes de varios pueblos a la redonda, incluida la propia tripulación de aquel pequeño barco.

Monstruos aparte, el lago y sus alrededores eran una absoluta maravilla y las montañas nevadas que lo rodeaban en aquella época del año no hacían sino realzar su belleza, por lo que todos salieron muy satisfechos de la excursión. Todos menos... sí, efectivamente. Dianne, siempre Dianne, que no hizo más que quejarse del frío, de que el barco no tenía bar, de que no se veía al pobre monstruo del lago Ness por ningún lado, de que los baños del barco estaban sucios y de que el recorrido le parecía excesivamente caro para lo que les habían dado a cambio. Aquella mujer era definitivamente agotadora, pero Hannah al fin encontró el antídoto que necesitaba para neutralizarla: no hacerla ni puñetero caso.

Ya estaba prácticamente anocheciendo, por lo que, siguiendo con el plan establecido, se pusieron en marcha hacia Dingwall, el pueblo en los alrededores de Inverness donde Max había propuesto dormir.

—¿Te apetece conducir?—preguntó Max a Hannah ofreciéndole las llaves del coche colgando de su mano. Llevo muchos kilómetros encima y estoy reventado.

—¡Pues claro hombre, sin problema!—dijo Hannah cogiendo las llaves del Range Rover.

—¿Tú que tal conduces, nena?—preguntó Dianne. Para serte sincera no sé si fiarme de ti al volante con este coche tan grande. Y menos por estas carreteras.

—Venga subiros—contestó Hannah ignorando por completo la vigesimoséptima chorrada del día a manos de Dianne. Prometo llevaros seguros hasta Dingwall.

—Pues entonces yo prefiero ir atrás...—dijo Dianne. Así no veo la carretera. “Ojos que no ven...”

—“...Corazón que no siente.”—dijo Max mirándola con desgana y subiéndose al asiento del copiloto. Venga Dianne, sube al coche y vámonos de una puñetera vez, te confieso que hoy estás acabando con mi paciencia...

Hannah arrancó el motor del coche, pero justo cuando iba a ponerse en marcha decidió elegir ella la música, antes de que Dianne pasara de nuevo a la tortura a la que les había sometido desde que habían salido de Dufftown. Conectó por *bluetooth* su móvil al equipo de música del coche, buscó en el Spotify del teléfono una de sus listas de reproducción y pulsó el *play*. Adele, la cantante preferida de Hannah comenzó a sonar por los altavoces del equipo. Bajó el volumen a un nivel que permitiera la conversación y, ahora sí, puso el coche en marcha hacia su destino. Para fortuna de los

dos únicos habitantes medianamente cuerdos del coche, Dianne se tumbó en el asiento trasero del Range Rover y tres minutos después se quedó profundamente dormida. Por fin reinaba la paz.

—Qué pena que no hayamos podido ver al monstruo del Lago Ness—dijo Max. Quería haberme hecho un *selfie* con él para mandárselo a mi sobrino.

—Jaja—rió Hannah. Sí, que pena. Ya es raro que no lo hayamos podido ver, porque dicen que sale todos los días a las cinco de la tarde para tomar el té...

—Sí... jajaja. ¿Conoces la historia del monstruo? Viene desde el siglo VII.

—¿Sí? No tenía ni idea. Creía que era un invento más reciente para los turistas...

—Para nada—continuó Max. Hay un texto del año seiscientos y pico que dice que un monje escocés que se llamaba Colm Cille salvó a unos niños en el lago que estaban siendo atacados por el monstruo.

—Bueno, una leyenda medieval más...

—Tal vez—dijo Max algo escéptico. Pero la cosa no quedó ahí. En 1868 el periódico "Inverness Courier" publicó la noticia de que varias personas aseguraban haber visto un monstruo enorme en la profundidad de las aguas del lago.

—Hombre, de algo tenían que vivir por aquí...

—Espera mujer, no seas impaciente... En el año 1934, el Dayli Mail publicó unas fotografías tomadas por un prestigioso cirujano de la época, en las que se veía al monstruo saliendo del agua...

—Max, no me estarás diciendo que crees que...

—Y en 2014, el servicio de mapas de Apple, después de haber captado unas imágenes aéreas del Lago Ness, publicó una nota de prensa en la que aseguraba que uno de sus analistas afirmaba que en ellas se podía ver perfectamente al famoso monstruo que habita esas oscuras aguas...

—No me creo nada Max. Nada de nada...

—A veces hay que creer Hannah. A veces hay que creer en las cosas, aunque a primera vista no las puedas ver...

Por los altavoces sonaba "Make you feel my love". Adele llenaba de magia el vehículo con su voz de terciopelo y Hannah se quedó callada ante las palabras de Max, sin saber exactamente que decir por primera vez en toda su vida.

Poco más de media hora después llegaban a Dingwall. Max buscó en la guía el *Bed & Breakfast* que venía recomendado en el pueblo, pero la calle en la que supuestamente estaba ubicado no aparecía localizada en el GPS. Tras preguntar a un par de señoras que pasaban por allí y recibir las correspondientes explicaciones sobre cómo llegar, consiguieron aterrizar finalmente en la puerta del alojamiento. Era la típica casa escocesa, con un bonito jardín delantero y la fachada en piedra, con las puertas y ventanas de madera blanca y el tejado de pizarra. Al menos desde fuera, parecía un sitio sencillo y acogedor, perfecto para pasar la noche. Max se dispuso a despertar a Dianne.

—Dianne... Dianne despierta, ya hemos llegado...

—¿Dónde, donde estamos?—preguntó Dianne dando un buen bote en el asiento trasero del coche, aún confusa por el sueño.

—En Dingwall, vamos a hacer noche aquí, ¿te acuerdas?

—Sí, sí claro... —contestó Dianne mientras se desperezaba. ¿Dónde vamos a dormir?

—Aquí, en este *Bed & Breakfast*—dijo Max señalando la casa que tenían enfrente del coche.

—¡Max, perdona, no me estarás diciendo que vamos a dormir en esa cochambre de sitio!—gritó Dianne con su tono de cabreo habitual.

—Pero ¿de qué estás hablando Dianne?—dijo Max muy enfadado— ¿Ese sitio es una cochambre? ¡Es una casa preciosa! ¡Y además no vamos a pasar una semana en el Caribe, coño, vamos a pasar tan solo una noche!

—¡Yo ahí no pienso dormir Max! ¡Punto y final! ¡Digo yo que habrá por aquí un hotel en condiciones, sea para una noche o para veintisiete!

—¡Pero Dianne! ¡Si es sólo para darnos una ducha, irnos a cenar algo al pueblo y luego dormir unas cuantas horas para reponer fuerzas para mañana! ¡No necesitamos más!—respondió Max verdaderamente enfadado, mientras Hannah permanecía callada, expectante ante el desarrollo de los acontecimientos.

—¡¡Que no, que no y que no!!—dijo Dianne completamente enrabiada. ¡Ese sitio es una mierda, yo no pienso dormir ahí!

—¡Muy bien! ¡Haz lo que te dé la gana y duerme donde quieras! ¡Yo pienso quedarme a dormir aquí!—dijo Max bajándose del coche— ¿Hannah, a ti te parece bien este sitio para dormir o prefieres buscar otra cosa con Dianne?

—¡A mí me parece perfecto!—contestó Hannah bajándose también del coche y yendo hacia el maletero a sacar su equipaje. — Es una casa preciosa y se respira paz. Con que tengan agua caliente y un colchón, para mí es más que suficiente.

—¿Qué haces Dianne? ¿Te quedas o te vas?—insistió Max antes de dejarla allí tirada.

Dianne salió del coche sin decir palabra. Fue al maletero, cogió dos de sus tres maletas más el neceser y se dirigió a la puerta de la casa. Max y Hannah se miraron con complicidad y estuvieron a punto de estallar en una carcajada, pero finalmente lograron contenerse. Siguieron los pasos de Dianne y cuando llegaron a la puerta Hannah llamo al timbre de la casa. Salió a recibirles una viejecita muy amable en bata y zapatillas que aparentaba unos setenta años bien llevados.

—¿Hola buenas noches, en qué puedo ayudarles?

—Hola Señora, buenas noches. ¿Tiene habitaciones libres?—preguntó Hannah.

—Sí claro, alguna me queda. Pasen por favor, no se queden en la calle, hace un frío espantoso—dijo cediéndoles el paso al interior de la casa, a la que rápidamente accedieron los tres, pues efectivamente, hacía un frío que pelaba. ¿Cuántas habitaciones necesitan?

—Dos—dijo Hannah.

—Tres, mejor tres—añadió Max.

—O una—dijo Dianne mirando a Max con cara de asesina. Si tiene una habitación con tres camas también nos vale. Como este viaje parece un campamento de los Boy Scouts...

—¿Perdón?—dijo la viejecita, bien porque no se estaba enterando de nada, bien porque no tenía la más mínima intención de meterse en líos.

—Nada, no le haga caso, era una broma—se excuso Max. ¿Qué tiene disponible?

—Tenemos en total cuatro habitaciones, pero dos las tengo ya ocupadas con una cuadrilla de albañiles que están haciendo unas obras en la iglesia del pueblo.

—Nos vale—dijo Hannah— ¿Cómo son? Me refiero a que cuantas camas tienen.

—Una habitación es individual con una cama pequeña. La otra es doble, con dos camas bastante hermosas—dijo la viejecita con prudencia, observando a sus clientes con cautela viendo que las cosas entre aquellos tres jóvenes no estaban nada claras. —

—Perfecto, nos va perfecto—dijo Max. Yo me quedo la individual y vosotras la doble.

—Pero...—empezó a decir Dianne.

—No hay peros que valgan—dijo Max con una sonrisa como si aquella situación fuera lo más normal del mundo. Lo prefiero así. ¿Las habitaciones tienen baño, Señora...?

—Donegan. Mary Donegan, para lo que necesiten. No, lo siento, el baño es



compartido para las cuatro habitaciones. Espero que no tengan que madrugar mucho, los obreros se levantan a las seis de la mañana y hasta las siete más o menos el baño estará ocupado...

—Fabuloso...—refunfuñó Dianne.

—No hay ningún problema Señora Donegan, nosotros antes de las ocho no abriremos el ojo, puedo asegurárselo—dijo Max alegremente.

—¿Se las quedan entonces?

—¡¡Por supuesto!!—respondieron Hannah y Max al unísono mientras Dianne permanecía callada, presa de la indignación que tenía dentro de su cuerpo.

—Muy bien, pues ya está todo entonces—dijo la Señora Donegan entregándoles las llaves de las habitaciones. Por favor, suban las escaleras, son las dos habitaciones que encontrarán a la derecha. ¿A qué hora quieren el desayuno? ¿Les parece bien a las nueve?

—Nos parece fabuloso Señora Donegan, es una hora perfecta para nosotros—contestó Max. Una última cosa. ¿Dónde podemos cenar algo esta noche por el pueblo?

—¿Qué les apetece cenar? ¿Les gusta la carne?

—Más que a un tonto un lápiz—contestó Hannah. Al menos a mí...

—Pueden ir al “McAllan”. Es el pub más antiguo del pueblo, no tiene pérdida, está en la plaza por la que han pasado para llegar hasta aquí, justo al lado del ayuntamiento. Hacen unos chuletones de buey a la parrilla buenísimos y la cerveza es casera, la hacen ellos mismos.

—No cambiaría esa cena por la del mejor restaurante de París, Señora Donegan—dijo Max con una sonrisa. Muchísimas gracias por todo, ha sido usted muy amable. Nos vemos mañana a las nueve en el desayuno. ¿Chicas, os parece bien aquí abajo en media hora para irnos a cenar?

—Por mí perfecto—dijo Hannah mientras miraba a Dianne esperando su contestación, cosa que pasados unos segundos no llegó a producirse.

—¡Pues hecho entonces!—dijo Max cogiendo su bolsa de viaje y subiendo las escaleras de tres en tres— ¡Nos vemos ahora!

Hannah cogió también su maleta y enfiló escaleras arriba. Al ver que Dianne no la seguía se giró en redondo para ver qué pasaba exactamente, aunque se lo temía. Dianne estaba llorando como una magdalena bajo la atenta mirada de la Señora Donegan, que sabía perfectamente lo que allí estaba pasando aunque nadie le hubiera explicado nada. Setenta años son setenta años, tanto para lo bueno, como para lo malo.

La habitación del *Bed & Breakfast* no estaba nada mal y resultó ser muy acogedora. Estaba decorada en tonos pasteles, al más puro estilo británico, las dos camas de noventa tenían unos colchones más que confortables y la calefacción funcionaba a toda pastilla. Hannah estaba muy cansada por toda la paliza de viaje que se habían dado ese día y tenía ganas de cenar algo y retirarse pronto a la cama para estar fresca al día siguiente.

Dejó su maleta encima de la cama y estuvo pensando un par de minutos si bajar a buscar a Dianne, que todavía no había subido a la habitación. Esa chica le parecía un ser humano completamente detestable, pero le daba pena haberla dejado abajo en ese estado. No hizo falta que Hannah tomara ninguna decisión. Dianne entró finalmente en la habitación, tiró encima de la otra cama sus dos maletas, y salió con el neceser por la puerta de la habitación dando un portazo, sin dirigirle la palabra a Hannah en ningún momento.

Un minuto después, Hannah pudo escuchar como arrancaba la ducha del cuarto de baño que había en la planta para las cuatro habitaciones, por lo que no le quedaba más remedio que esperar a que su compañera de viaje acabara su *toilet*. Para desesperación de Hannah fueron pasando los minutos y el grifo de la ducha no cesaba de soltar agua por un tubo, hasta que finalmente llegó a la conclusión de que Dianne, en una estrategia completamente calculada para que Hannah bajara tarde a la cita para cenar, tenía proyectado extender su ducha diez veces más del tiempo necesario para darse un enjabonado rápido y dejar el baño libre para el siguiente compañero de viaje.

Cuando finalmente volvió a la habitación, Hannah estaba más cabreada que una mona, pero ignoró por completo a Dianne y se fue al baño todo lo rápidamente que pudo para reventar sus planes. Se dio una ducha en tres minutos y medio, se secó y se dio crema hidratante a toda velocidad. Poco más de cinco minutos después regresó a la habitación y para su sorpresa Dianne ya no estaba. Miró el reloj y vio como a pesar de todas sus prisas ya iba con diez minutos de retraso sobre la hora en la que los tres habían quedado abajo para cenar. “Maldita zorra”—pensó Hannah bastante indignada.

Se vistió todo lo rápidamente que pudo, se abrigó bien y salió de la habitación escaleras abajo al encuentro de sus amigos. Pero las sorpresas de la noche no habían hecho sino comenzar y la amable Señora Donegan tuvo a bien comunicarle que sus compañeros de viaje se habían marchado ya, no sin antes encargarse a la dueña del alojamiento que le indicara a Hannah cuando bajara que la esperaban directamente en el “McAllan” para cenar. A Hannah le extrañó que Max no hubiera subido siquiera a avisarla, pero lo que era evidente era una cosa: Dianne se había salido con la suya.

“Tomo nota”—se dijo a sí misma Hannah mientras se anudaba la bufanda al cuello y se ponía un gorro de lana para echarse a la calle.

Dingwall era un pueblo muy bonito, con fantásticas vistas al mar y un magnífico casco antiguo de calles empedradas y construcción típica británica. En poco más de diez minutos Hannah llegó al “McAllan” y nada más entrar pudo ver a Dianne y Max en animada charla, sentados en una mesa cerca de la enorme chimenea central que presidía el local.

Al parecer la tormenta entre ambos ya había pasado y Dianne seguía imitando con éxito los modelos de Britney Spears saliendo una noche de marcha al último club de moda de Nueva York en sus mejores tiempos, pero en un pueblo de quinientos habitantes en mitad de las Highland escocesas. Su top bien pegado sobre una minifalda de leopardo con botines de tacón de más de doce centímetros era el modelito que hacía que Dianne hubiera conseguido con éxito su claro objetivo. No había un solo cliente masculino del local que no la hubiera echado un buen vistazo devorándola con su mirada.

El pub era muy acogedor, todo cubierto de madera en paredes, suelos y techos. A esas horas de la noche había un gran ambiente y estaba a rebosar de gente.

—¡Hola Hannah!—la saludó Max muy alegre— ¿No te importa que nos hayamos adelantado, no? Me ha dicho Dianne que te estabas enrollando mucho en la ducha y que ibas a tardar un poco, así que hemos decidido esperarte tomando una cerveza.

—No, claro que no me importa—dijo mirando a Dianne con una sonrisa hipócrita. Es cierto, tengo tendencia a pasarme demasiado tiempo en la ducha, ya me lo decía mi madre.

—¿Te pido una pinta?—preguntó Max señalando su jarra. Es una cerveza verdaderamente extraordinaria, tenía razón la Señora...

—Donegan—dijo Hannah completando el apellido de la dueña del alojamiento. Señora Donegan. Un encanto de señora, por cierto.

—Eso me ha parecido a mi también—dijo Max mientras señalaba con los dedos al camarero que les llevara tres pintas más a la mesa.

—¿Qué haces tú tomando cerveza, Dianne?—preguntó Hannah muy extrañada. Pero si tú no bebes nunca alcohol...

—Hoy he decidido emborracharme—dijo Dianne apurando el último sorbo de su primera jarra y mirando a Max como una auténtica loba. Tengo planes para esta noche...

—Pues a ese paso el único plan que vas a poder hacer va a ser dormir bien la mona, porque a la tercera jarra vas a caer al suelo completamente desplomada—contestó Hannah dando su primer sorbo a la jarra que le acababa de traer el camarero.

—Bueno, ya veremos...—dijo Dianne tocándole disimuladamente la entrepierna a Max. Todavía queda mucha noche...

—Bueno, ¿qué os apetece cenar?—preguntó Max echando un vistazo a la carta. Yo desde luego lo tengo claro como el agua.

—¿Chuletón de buey?—preguntó Hannah. Lo he visto en varias mesas al entrar y desde luego tiene una pinta espectacular.

—Pues que sean dos, entonces—contestó Max— ¿Te apuntas Dianne?

—Uy no, carne roja no. ¿Da cáncer, no lo habéis leído?

—Si renunciáramos a todo lo que produce cáncer habría que quedarse en casa con las ventanas cerradas, el móvil apagado y alimentarse exclusivamente de yogures de soja. Y aún así no lo aseguraría al cien por cien—dijo Hannah.

—¿Hay ensaladas?—preguntó la rubia a Max que seguía echando un vistazo a la carta por curiosidad para conocer que más especialidades tenía la casa.

—Sí, mira, aquí tienen una, “Ensalada Cesar”—dijo Max señalando con el dedo en la carta la única ensalada de aquel templo del chuletón a la parrilla.

—No, esa no. La ensalada Cesar lleva pollo.

—Pues pídelo sin el pollo, joder—dijo Hannah harta de la Señorita Melindres. Y que le quiten también el queso, que seguro que también es cancerígeno. Que te traigan sólo la lechuga. Sin aliño, por supuesto.

—Yo quiero una ensalada Cesar sin pollo, Max—dijo Dianne ignorando a Hannah y dando otro buen sorbo a su segunda jarra hasta terminarla. Y otra pinta de cerveza. Voy al baño, ahora vuelvo.

Dianne se levanto y se dirigió a los baños del “McAllan” tropezando por su camino con varias mesas, camareros y clientes del local. Llevaba una cogorza monumental y venía otra pinta de camino. Se avecinaba tormenta. Y no de lluvia precisamente.

El chuletón del “McAllan” cumplió con las expectativas de Hannah más que sobradamente. Era una carne extraordinaria, tierna y jugosa, excelentemente preparada a la parilla sobre carbón de encina, tostada por fuera y rosada por dentro, tal y como a ella le gustaba. Dianne no quiso postre, por lo que Hannah y Max pidieron para compartir una tarta de queso casera que estaba también de muerte natural. Remataron la fabulosa cena con tres whiskys de malta que también elaboraba la familia propietaria del pub. Fue una cena redonda.

Mientras degustaban el excelente whisky, Max sacó la guía de viaje y la puso sobre la mesa para concretar los planes para el día siguiente.

—Acordaos que tenemos mañana el desayuno a las nueve de la mañana. Por favor, sed puntuales que tenemos una larga jornada por delante.

—Por mí no hay problema jiji—dijo Dianne, definitivamente borracha como una cuba. Eso díselo a Hannah que es la tardona del grupo... jijiji.

—Veamos—prosiguió Max. El plan para mañana es ir primero a ver Glen Coe y sus espectaculares paisajes, lo que he visto en la guía tiene una pinta extraordinaria...

—¿Max, nos vamos a dormir, mi amor?—dijo Dianne abrazándole mientras comenzaba a darle besos y mordisquitos morbosos por el cuello.

—Sí claro, ahora nos vamos en un rato, Dianne—dijo Max sonriendo. Espera, que ahora estamos a otra cosa. Después seguimos la ruta hasta Fort Wiliam. Podemos visitar el pueblo y luego coger un barco para recorrer el lago Linnhe...

—Vámonos a dormir Max...—interrumpió de nuevo Dianne mientras seguía dándole besos y empezaba a meterle mano por encima del jersey. Anda no seas bobo, tengo mucho sueño...

—Que ahora nos vamos...—dijo Max condescendiente continuando con la narración del plan de viaje. ¿Por dónde íbamos? ¡Ah, sí! El lago Linnhe. Si os apetece comemos algo por allí y después nos ponemos en marcha para Ben Nevis, hay que verlo antes de que anochezca...

Dianne le dio dos lametones absolutamente morbosos en el cuello y a continuación le dijo algo al oído. Le debió de hacer mucha gracia porque Max estalló en una larga carcajada, mientras Hannah observaba completamente perpleja y por qué no decir lo contrario, bastante incómoda con la situación.

—Después ver Ben Nevis, cruzamos los Trossachs hasta las playas de Morar y a última hora nos vamos a Mallaig y hacemos noche allí. ¡Acordaos que al día siguiente cogemos el ferry a la Isla de Skye y habrá que darse un buen madrugón!

—Vámonos a la cama Max...—dijo Dianne muy mimosa con auténtica voz de deseo mientras seguía besándole y metiéndole mano—Tengo muchas ganas de ti...

—Dianne, ¿Por qué no te lo tiras aquí mismo?—estalló finalmente Hannah. Decimos que nos recojan la mesa y te lo cepillas aquí, delante de todo el mundo. No creo que nadie se extrañe, ya llevas cerca de dos horas dando el espectáculo.

—Venga Hannah, no te mosquees, ¿no ves que lleva una cogorza monumental?—contemporizó Max de nuevo sonriendo, mientras Dianne seguía a lo suyo ignorando por completo a Hannah como si fuera una estatua de sal.

—Me trae absolutamente sin cuidado como esté. Si no sabe beber que no beba, pero que no dé el espectáculo, me parece de bastante mala educación—dijo Hannah apurando su último trago de whisky y levantándose de la mesa. Me voy a la cama, estoy muy cansada y me apetece dormir. ¡¡Y échala un buen polvo, joder, a ver si así se relaja, que está absolutamente insoportable!!

—¡Pero Hannah!—gritó Max bastante enfadado— ¿Pero por qué te pones así, mujer? ¡Hannah! ¡Hannah no te vayas, espérate que nos acabamos el whisky! ¡Hannah!

Pero Hannah no estaba esa noche para tonterías. Ni muchísimo menos. Ya había aguantado a muchos gilipollas a lo largo de su vida y hacía mucho tiempo que se había jurado a sí misma no perder el tiempo con estupideces. Hizo oídos sordos a las llamadas de Max, se puso su bufanda y su gorro de lana, y salió del “McAllan” camino de su cama, preguntándose por el camino una y mil veces por qué narices se había apuntado a aquel viaje de mierda.

Sonó la alarma del móvil a las ocho de la mañana en punto. Hannah se despertó agotada. El exceso de trabajo de los últimos meses, la boda de April y ese demencial viaje habían terminado por dejarla completamente fuera de servicio. Aún entre sueños, decidió terminar ese viaje de la mejor manera posible y cogerse una larga semana de vacaciones en algún lugar soleado para dedicarse a dormir veinticuatro horas al día y recuperar energías cuanto antes. Le esperaba mucho trabajo los próximos meses y necesitaba estar en plena forma.

Se dio la vuelta para mirar la cama de al lado y sus previsiones fueron más que confirmadas. Dianne no había pasado la noche allí. La cama tenía encima sus maletas y su neceser tal y como las había dejado a su llegada, pero de aquella estúpida no había ni rastro. Evidentemente se había quedado en la habitación de Max y no precisamente para dormir.

Hannah se cabreó bastante al confirmar sus previsiones. No estaba enamorada ni muchísimo menos de Max, pero estaba empezando a gustarle, para que negarlo. Había decidido darle una oportunidad y aprovechar el viaje para conocerle mejor. Lo suyo con Dianne, si es que había algo más que sexo entre los dos, era evidente que no iba a ningún lado y Hannah había pensado descubrir durante el viaje si Max escondía a un tipo especial detrás de su fachada de *bróker* pijo de la City londinense, o sencillamente estaba equivocada y su sexto sentido estaba completamente desafinado y el padrino de la boda de su hermana no era más que otro más de los muchos cantamañanas que había conocido a lo largo de su vida.

Al ver la cama vacía, dedujo que la conclusión estaba clara y que había construido castillos en el aire. Max no sólo era un tipo más del montón. Es que debía de asumir de una vez por todas que aunque él le quitara importancia a la relación para hacerse el interesante, estaba liado con la mejor amiga de su hermana. Esos eran los hechos irrefutables y tenía que actuar en consecuencia para no deteriorar aún más una relación más que inestable con Max y Dianne, cosa que su hermana April no le perdonaría jamás, dada la gran amistad que les unía a ambos.

Tras darle un par de vueltas al asunto, Hannah tomó tres decisiones. La primera, olvidarse por completo de Max y borrar de su mente las mínimas ilusiones que pudiera haberse hecho al respecto. La segunda, ponerse la mejor de sus sonrisas a partir de ese momento y, pasara lo que pasara, evitar el más mínimo conflicto con Dianne durante el resto del viaje. Y tres, levantarse de una puñetera vez de la cama e irse a la ducha. Ya eran las ocho y media y no quería dar de nuevo la nota llegando tarde al desayuno.

Hannah saltó finalmente de la cama y salió al baño del *Bed & Breakfast*, que para

su sorpresa estaba más limpio que una patena a pesar de que a esas horas de la mañana ya había sido utilizado por varias personas. Se dio una ducha rápida, volvió a la habitación, se puso ropa de abrigo en varias capas para evitar el frío, hizo su maleta y enfiló escaleras abajo a desayunar a las nueve en punto de la mañana.

—¡Hola, buenos días Hannah!—le saludó al entrar al comedor un sonriente Max. ¿Has dormido bien?

—He dormido de maravilla, gracias Max—contestó una sonriente Hannah, cumpliendo fielmente su propósito de comportarse el resto del viaje como la mujer más maravillosa del mundo. ¿Y tú?

—Yo también, he dormido como un lirón—contesto el chico con su sempiterna sonrisa—

—Me alegro mucho—continuó Hannah, obviando preguntar por Dianne, que aún debía de seguir durmiendo la mona en la habitación de Max.— Hoy tenemos un largo día de viaje por delante.

—¡Sí! Nos esperan cosas maravillosas. ¿Quieres huevos, bacon, salchichas? Me ha dicho la Señora Donegan que se los pidieras cuando bajaras y así te los servía recién hechos.

—¡Uf, noooo, gracias!—contestó Hannah llevándose las manos al estomago. El chuletón del “McAllan” estaba exquisito, pero era enorme y yo creo que todavía no lo he digerido. Voy a tomar sólo un poco de leche con cereales y algo de fruta, hay que limpiar.

En ese momento entró la Señora Donegan en el comedor arrastrando sus ancianas piernas y se dirigió a Hannah con su amabilidad habitual.

—¿Le traigo ya los huevos señorita?

—No, muchas gracias Señora Donegan, me he levantado con poco hambre. Sólo quería por favor leche con cereales y algo de fruta...

—De fruta poco le puedo ofrecer, lo siento, casi nadie la pide aquí para el desayuno. Sólo tengo plátanos y manzanas...

—Un plátano me va perfectamente, gracias.

—Perfecto, se lo traigo todo en un minuto.

—No se preocupe, que no hay prisa.

—Señora Donegan—dijo Max dirigiéndose a la anciana. Siento mucho el espectáculo de ayer por la noche...

—No se preocupe joven, esas cosas pasan...

—Espero que no se hayan quejado el resto de huéspedes...

—No, por eso no se preocupe. Esos albañiles caen rendidos en la cama todas las noches después de las palizas que se pegan y no se despiertan a esas horas aunque les caiga una bomba al lado de la cama.



—Me alegro que sea así. Lamento mucho las molestias en cualquier caso, de verdad. El desayuno estaba estupendo. ¿Cuando traiga el desayuno de Hannah nos puede traer también la cuenta por favor? Hoy queremos llegar hasta Mallaig y tenemos muchos kilómetros por delante.

—Mallaig es precioso, les va a encantar. Un sobrino mío vive allí y voy a verle un par de veces al año. Ahora mismo les traigo el desayuno de la señorita y la cuenta, no se preocupen—dijo la Señora Donegan arrastrando de nuevo sus cansados pies hacia la cocina.

—¿Qué espectáculo? ¿Qué paso anoche?—preguntó Hannah con una sonrisa picarona, dando por hecho que la pasión desatada de Max y Dianne había sido más ruidosa de lo que las reducidas dimensiones del pequeño *Bed & Breakfast* aconsejaban.

—Oh... es una historia un poco larga de explicar...—dijo Max un tanto azorado.

—Cuenta, cuenta... no tenemos ninguna prisa, todavía tiene que bajar Dianne a desayunar. ¿O prefieres contármelo delante de ella para presumir?—dijo Hannah manteniendo su sonrisa perfecta como si la cosa no fuera con ella, aunque por dentro le comían los demonios.

—¿Presumir? ¿Presumir de qué?—preguntó Max sin entender en absoluto a qué se refería Hannah exactamente.

—Ah... no se... tú sabrás...

—Pues no, no lo sé. No tengo ni idea de a que te refieres. Dianne llegó anoche aquí borracha como una cuba. Se puso pesada y se metió en mi habitación. Por más que lo intenté de las más diversas maneras no conseguí echarla de allí ni con agua caliente. Al ver que no quería nada con ella empezó a gritar como una loca y montó una que no veas, tuvo que subir la pobre Señora Donegan a llamarnos la atención. Dianne se enfureció todavía más y empezó a tirarme a la cabeza todo lo que tenía a mano, ¿no escuchaste nada?

—Nada de nada, he dormido del tirón toda la noche....—contestó una Hannah más perdida en ese momento que Tarzán en Nueva York—¿Qué pasó entonces? Porque Dianne no ha dormido en la habitación.

—La Señora Donegan consiguió tranquilizarla, se la bajó a la cocina y le dio un par de tilas y un Lexatin. Cuando he bajado a desayunar me ha dicho que Dianne ha pedido un taxi a eso de las seis de la mañana y se ha ido a Glasgow. Por lo visto le ha dejado su dirección en Londres para que le envíe las maletas...

—Pero... pero...—balbuceó Hannah en pleno estado de shock. ¿Me estás diciendo que Dianne se ha ido?

—Correcto—dijo Max con una maravillosa sonrisa que a Hannah le recordó a la que vio a ese mismo chico en la puerta del pub de Dufftown cuando la invitó a realizar ese viaje a las Highland. —

—Pero... pero entonces...

—¿Oye, no me irás a dejar tirado aquí en mitad de Escocia más solo que la una cuando tenemos un inolvidable viaje por delante, verdad?—continuó Max con su sonrisa cautivadora de vendedor de coches de lujo. ¡Yo no le haría eso ni al mismísimo Satanás!

—Ya está aquí el desayuno de la señorita— dijo la Señora Donegan irrumpiendo en el comedor y dejando la bandeja encima de la mesa.

—Muchas gracias Señora Donegan—dijo Hannah dándole en ese momento mil vueltas por segundo a su atormentada cabeza.

—¿Para quién es la cuenta?—preguntó sosteniendo el papel en la mano—Si lo necesitan les puedo hacer cuentas separadas...

—Démela a mi Señora Donegan—dijo finalmente Hannah cogiendo la factura con su mano. — Ya echaremos cuentas, todavía nos queda mucho viaje por delante. Venga Satanás, sube a por las maletas y cárgalas en el coche mientras yo me tomo esto rápido. Las Highland nos esperan.

—¡iiiiBieeeeeennnn!!!!—exclamó Max loco de contento mientras salía corriendo escaleras arriba para recoger las maletas.

Hannah se sirvió la leche en un bol, añadió unos pocos cereales y el plátano cortado en trocitos y tomo una porción de la mezcla con la cuchara que le acababa de traer la maravillosa Señora Donegan, de aquel inolvidable *Bed & Breakfast* situado en Dingwall, Highland, Escocia.

“Sí a veces la vida puede ser maravillosa”—se dijo a sí misma Hannah, mientras volvía a dar las gracias por segunda vez en la misma semana a la gran escritora francesa Marguerite Yourcenar.

# TERCERA PARTE

MAX

Cuando Hannah salió a la calle, el equipaje ya estaba cargado en el coche y Max se encontraba esperándola sentado en el puesto del conductor. Miró desde el exterior del vehículo por la ventanilla y preguntó con cara de inocente:

—¿Está libre?

—Jaja—dijo Max riéndole la gracia. Adelante por favor, Señorita Fryman, la estaba esperando. ¿A dónde quiere que le lleve?

—A Glen Coe, por favor. Pero antes necesito pasar por Fort William a recoger unas cosas...

—Sin ningún problema, estamos aquí para servirle. ¿Prefiere ir por la A 82 o por la A 9? La A 82 es más rápida, pero el camino es mucho más bonito por la A 9, atravesando Glenmore Forest Park.

—Yo hasta el próximo lunes no tengo ninguna prisa. Prefiero ir por la A 9, he venido a ver naturaleza. ¿Y usted?

—Sus deseos son órdenes para mí, Señorita Fryman—dijo Max introduciendo la ruta en el GPS. ¿Alguna cosa más antes de partir?

—Sí, por favor—contestó Hannah partiéndose de risa ante todo aquel numerito. ¿Tiene usted inconveniente en que me haga cargo de la música durante el resto del viaje? Creo que no coincidimos en exceso en gustos musicales...

—Se equivoca usted conmigo Señorita Fryman—dijo Max abriendo la guantera del Range Rover y sacando un *pendrive* que exhibió en su mano derecha. La música con la que se le deleitó ayer durante tan amargo viaje pertenecía a una vieja amiga suya, la Señorita Dianne Harvest.

—Me tranquiliza bastante el saberlo—dijo Hannah cogiendo el *pendrive* y tirándolo por la ventanilla.

—Lo daba por hecho—añadió Max con su sempiterna sonrisa.

—¿Le importa?—preguntó Hannah señalando su teléfono móvil.

—En absoluto, más bien al contrario.

—¿Le parece buena elección?—dijo Hannah cuando empezó a sonar Amy Winehouse por los altavoces del coche.

—Me parece magnífica. ¡Amy era la mejor, soy muy fan!

—¡Completamente de acuerdo!—contestó Hannah feliz de que coincidieran una vez más en gustos musicales.

—¿Preparada?—preguntó Max mirándola con un brillo especial en los ojos que Hannah no había visto nunca hasta ese momento.

—Completamente preparada. Puede arrancar cuando quiera caballero.

—Pues adelante entonces. ¡*Bon voyage!*

Por fin arrancó el coche camino de Fort William. Ambos permanecieron en silencio durante gran parte del trayecto, disfrutando de la tranquilidad que producía la ausencia definitiva de la histórica de Dianne. Amy Winehouse imprimía un ritmo especial al trayecto, meciendo con su música el alma de ambos pasajeros. Los paisajes que iban observando a lo largo del camino eran sensacionales, espectaculares, sencillamente grandiosos. La carretera atravesaba los valles más sobrecogedores de toda Escocia y todo el camino proporcionaba emocionantes estampas una detrás de otra. Verdes laderas, valles profundos, páramos sin fin, grandes montañas, bosques, barrancos, cascadas y lagos interminables, a cual más bello y emocionante. Sí, Escocia era un absoluto portento de la naturaleza.

—Algún día me vendré a vivir aquí. Creo que Escocia es mi sitio...—dijo Max subyugado al igual que Hannah por la belleza del paisaje.

—Te conozco poco Max, pero por la idea que tengo de ti, no te veo viviendo en el campo ocupándote de tu famosa fábrica de quesos artesanos...

—Te equivocas Hannah. Creo que eres una persona con muchos prejuicios...

—¿Por qué dices eso?—preguntó Hannah, verdaderamente sorprendida.

—¡Porque lo pienso! No te lo tomes a mal, por favor, pero creo que desde el primer momento en que me viste, me colgaste la etiqueta de “gilipollas pijo que no me interesa en mi vida” y nunca tuviste el más mínimo interés en conocerme...

—¡Pero...!—intentó Hannah quejarse sin éxito.

—La gente no es lo que parece Hannah. La gente es lo que es. Pensar que alguien es un gilipollas, un pijo o un engreído por la sencilla razón de que tiene un buen trabajo, gana dinero, va a trabajar con traje y corbata y le gusta vivir bien, no es acorde a una mujer inteligente como tú.

—Hombre Max... Puede que tengas razón en algunas de las cosas que dices, pero pijo, lo que se dice pijo, si que eres...

—¿Yo pijo? ¿Yo un niño bien? ¿Ves como estás llena de prejuicios y convencionalismos? ¡Tú no sabes nada de mi vida!

—Bueno hombre, no te cabrees, no quería ofenderte...

—No, no me cabreo ni me ofendo. Sencillamente es que estás equivocada. Yo nací y viví hasta que acabé la carrera en Brixton, el barrio más pobre de Londres. Dudo que hayas puesto un pie por allí alguna vez.

—¿¿En serio??—dijo Hannah completamente sorprendida por aquella noticia que jamás hubiera podido imaginarse.

—Y tan en serio. Mi padre era un borracho, no dio un palo al agua en toda su

vida y no llevaba ni una maldita libra a casa. Yo era el mayor de cuatro hermanos y me tuve que poner a trabajar con doce años para que mi madre pudiera darnos algo de comer todos los días. Repartía periódicos, limpiaba en los pubs por la noche cuando cerraban, ayudaba a cargar y descargar en los mercados. Hacía cualquier cosa que me permitiera llevar algo de dinero a casa...

—Vaya, lo siento Max, no tenía ni idea... Como te he conocido trabajando en la City, con tu ropa, tus coches...

—¿Y qué hay de malo en ello? Lo he ganado trabajando quince horas diarias durante toda mi vida, estudiando por las noches y los fines de semana, dejándome la vida para salir adelante mientras mis amigos del barrio se echaban a las drogas o a la delincuencia, cuando no a ambas cosas. ¿Me lo puedes decir? ¿Dónde está el problema?

—No... no lo sabía Max, perdona, tenía una idea equivocada de ti...

—Toda mi vida he estudiado con becas. Para conseguir entrar en la London School of Economics tuve que sacar en el examen de ingreso un diez. Un diez redondo, perfecto, insuperable. Y aún así tuve que esperar dos años para poder entrar porque me tuve que apuntar en la lista de espera para obtener la beca.

—Bue... bueno Max yo no sabía...—consiguió balbucear Hannah completamente sorprendida por todo aquello, siempre había pensado que los padres de Max estaban forrados de pasta.

—No te preocupes, no pasa nada. Sólo quería aclararte el tema y que supieras un poco de mi vida. Desde que me conoces me has tratado siempre de una manera un poco displicente, eso es todo. No es bueno poner etiquetas a la gente sin conocerla Hannah. No es justo.

—No, no es justo, tienes toda la razón—contestó Hannah siendo plenamente consciente de que había juzgado mal a Max desde el primer momento sin darle ninguna oportunidad para conocerle de verdad.

—Todo eso, obviamente, no justifica que te tocara el culo en la fiesta de cumpleaños de April, claro está...¡¡¡jajajaja!!!!—dijo Max estallando en una carcajada.

—Nooo... ¡¡jajajaja!!! ¡¡Por supuesto que no lo justifica!!—contestó Hannah riéndose sinceramente con la broma—Aunque eres un mentiroso, no me tocaste sólo el culo.

—Lo siento, lo siento de verdad, ya te lo dije. Estaba completamente borracho y pasando un mal momento en mi vida. Se me fue la olla. Como siempre me has gustado mucho...

—¿¿¿Cómooooo??—exclamó Hannah absolutamente sorprendida.

—Desde el primer día en que te vi. ¿¿Nunca te ha dicho nada April??

—¡¡Jamás de los jamases!!—dijo Hannah entre divertida y enfadada, mientras se apuntaba mentalmente tener una seria charla con su hermana.

—Le dije cientos de veces que nos arreglara una cita, pero siempre me decía que

no, que tú pensabas que era un tonto del culo, un niño pijo de familia bien y que no querías saber nada de mí.

—¡¡Y te decía la verdad...!!! ¡¡¡jajajaja!!! Pero te doy mi palabra de que nunca me dijo que tuvieras el más mínimo interés en mí. Supongo que tenía claro que no teníamos nada que ver el uno con el otro. Pero mira. La vida te da sorpresas.

—¿Entonces ya no te caigo tan mal?—preguntó Max con tono de guasa.

—No, ya no me caes tan mal, ya no me pareces un niño pijo gilipollas. ¡¡Ahora sólo me pareces un gilipollas...!!! ¡¡jajajaja!!

—¡¡Bueno, en algo hemos ganado, jajaja!!

En aquel momento el Señor GPS interrumpió la animada conversación. “A doscientos metros gire a la derecha, primera salida. Después, ha llegado a su destino. Ha llegado a su destino”. Una preciosa señal de madera tallada en la carretera no dejaba lugar a dudas: “Bienvenidos a Fort William”.

Pasaron un día absolutamente maravilloso. Dieron una vuelta por Fort William y después recorrieron en un pequeño ferry Loch Linnhe, el lago más largo de Escocia, de una belleza extraordinaria, enclavado justo delante de una larga cordillera de montañas que en aquella época del año se encontraban completamente nevadas. Después continuaron hasta Glen Coe y sus famosas *Three Sisters*, tres preciosas montañas exactamente iguales de imponente belleza, a cuyos pies tomaron un pequeño picnic sorpresa que Max había encargado a la Señora Donegan antes de salir de Dingwall.

Finalmente, tras atravesar los imponentes Trossachs, una de las zonas montañosas más sobrecogedoras que Max y Hannah habían visto en su vida, con casi cuarenta picos por encima de los mil metros en un escaso puñado de kilómetros cuadrados, llegaron a las famosas playas de Morar, de arena blanca y fina similar a las de Caribe y aguas mezcla de dulce y salada por la proximidad de los lagos. Tras un paseo por aquella costa inolvidable, llegaron por fin a su destino final del día, el bello pueblo pesquero de Mallaig.

Hannah había descubierto en Max a un tipo absolutamente encantador. Divertido, chistoso, siempre de buen humor, cuidadoso, detallista, inteligente, con gustos similares a los suyos y una forma bastante similar de entender la vida. Hannah se sentía un poco estúpida por haber evaluado tan superficialmente a ese tipo, que desde luego, nada tenía que ver con la imagen que se había hecho de él y que casi con toda seguridad, caso de que Dianne hubiera seguido pululando por allí, jamás habría llegado a descubrir. Sí, definitivamente había pasado junto a él un día sencillamente maravilloso, perfecto, en equilibrio y armonía total.

Estaban los dos completamente agotados, fruto de los largos kilómetros recorridos y de las intensas emociones del día. Decidieron ir a cenar directamente según llegaron a Mallaig y buscar alojamiento después de la cena. Mallaig era un pueblo relativamente grande y en aquella época del año no deberían de tener mayores problemas para encontrar un *Bed & Breakfast* donde hacer noche antes de tomar el ferry al día siguiente hacia la Isla de Skye. En la guía recomendaban el "Fishmarket", una taberna especializada en marisco, en la que dieron buena cuenta de ostras, mejillones, gambas, langostinos y vieiras a un precio sin competencia, todo ello regado con buena cerveza escocesa.

Tras la cena, confirmando sus previsiones, no tardaron en encontrar habitaciones libres en el primer *Bed & Breakfast* que encontraron. Quedaron para desayunar a las nueve de la mañana del día siguiente y se despidieron en la puerta de sus respectivas habitaciones, situadas una enfrente de la otra. Hannah entró



completamente agotada. Se puso el pijama y se lavo los dientes. Justo cuando estaba a punto de meterse en la cama le vino una idea a la cabeza. Salió de la habitación y dio unos toques en la puerta de Max. Cuando salió a recibirla, Hannah le besó. Le besó lentamente, primero con sus labios suaves y carnosos y después con su lengua, jugando con la de Max, extasiado de placer. Fue cosa de un minuto. Después se dio la vuelta hacia su habitación y mientras contemplaba la cara de sorpresa de Max, que la miraba completamente atónito por la situación, le dijo:

—Tú también me gustas mucho Max. Que descanses y sueñes con los angelitos. Hasta mañana.

Hannah cerró la puerta de su habitación, se metió en la cama y comenzó a masturbarse lentamente, con placer, buscándose. Sin ansia, sin prisas, disfrutando del momento, como hacía mucho tiempo que no lo hacía...

—*Buongiorno principessa*—dijo Max cuando Hannah llegó al desayuno— ¿Has dormido bien?

—Como una reina—dijo Hannah con una sonrisa. Como hacía meses que no dormía. ¿Y tú?

—Me costó un poco conciliar el sueño. Cuando estaba medio dormido apareció una chica muy guapa en la puerta de mi habitación y me dio el mejor beso que me han dado en la vida. Luego se fue sin decir nada más y estuve ahí media hora dándole vueltas a la cabeza.

—Jaja. ¡Qué suerte tienes, a mí no me pasan esas cosas!

—Jaja. ¿No? Vaya, pues eso habrá que arreglarlo en algún momento...

—¡Eso digo yo! Pero todo a su tiempo. De momento quiero tostadas, un par de huevos revueltos con salmón y un café doble bien cargado.

—Pues me apunto a tu menú, es justo lo que necesitaba. ¿Ves como tenemos muchas cosas en común, aunque sea un niño pijo de la City?

—Calla, calla, no seas cruel conmigo, todos cometemos errores. ¿O te recuerdo lo que me hiciste cuando estaba con una cubitera de hielo en la mano en casa de mi hermana?—dijo Hannah con una sonrisa sarcástica.

—¡¡No, por Dioooooossssss!!—dijo Max a carcajada limpia.

—Te lo recordaré siempre que me dé la gana—dijo Hannah mientras comprobaba una vez más que con ese tipo tenía química. Eres culpable y tendrás que pagar tu penitencia.

Tras el magnífico desayuno, cogieron el Range Rover. En pocos minutos estaban en el puerto de Mallaig para coger el ferry que les llevaría hasta la Isla de Skye, la próxima parada en su ruta por las inolvidables Highland. En los últimos años se había construido un inmenso puente para llegar a la isla por carretera, a través de la localidad de Kyle of Lochalsh, pero cuando Max planificó la ruta, propuso acceder a la isla a través del ferry y salir de Skye por el puente, obteniendo así dos vistas completamente distintas de la llegada a tan bello paraje. Naturalmente a Hannah le había parecido una estupenda idea.

Tras hacer algo de cola para tomar el ferry, dado el gran número de vehículos que utilizaban la mencionada ruta, por fin consiguieron embarcar el coche. Se pusieron toda la ropa de abrigo que tenían a mano y subieron a cubierta para disfrutar del trayecto. Hacía un frío terrible, que además se intensificaba por el gélido

viento que corría en alta mar, pero según habían leído en la guía el sacrificio merecía la pena, pues las vistas de la isla desde el barco eran completamente inolvidables y el trayecto no alcanzaba a durar la media hora.

Todas sus expectativas se quedaron cortas y el viaje en ferry resultó ser completamente deslumbrante. El color del mar en aquella zona de la costa era único en el mundo y las vistas de la isla desde el barco aún mejores de lo que se esperaban, convirtiendo el trayecto en una auténtica delicia hasta el punto de que llegó a hacérseles extremadamente corto cuando finalmente llegaron a Armadale, el pueblo más importante de Skye. Tras esperar de nuevo la cola para desembarcar el vehículo consiguieron iniciar la ruta que tenían planificada para el día.

Si el día anterior, en su ruta por Glen Coe, Fort William, Ben Nevis, los Trossachs y las playas de Morar, Escocia les había robado el corazón, la indómita belleza de la Isla de Skye acabó por conquistar su amor por aquellas tierras hasta el fin de sus días.

Se dirigieron en primer lugar hacia Portree, un pequeño pueblo con uno de los puertos pesqueros más pintorescos que ambos habían visto hasta ese momento en su vida, embutido entre unos inmensos acantilados, con pequeños barcos amarrados en su puerto, todo abarrotado de restaurantes de pescado, pubs y las preciosas casas de los pescadores, todas ellas pintadas de un rojo muy alegre.

Pensaron en comer allí, pero todavía tenían el desayuno demasiado reciente y decidieron continuar hasta la espectacular Península de Trotternish, donde les esperaban los parajes más bellos e impresionantes de la isla, plagados de escarpados acantilados, carreteras serpenteantes a través de montañas que quitaban la respiración y rocas inmensas de formas imposibles con las vistas al mar más fabulosas que habían podido contemplar hasta el momento. Al final de la carretera les esperaba el famoso *Old Man Of Storr*, una columna de roca gigante con forma de hoja de sauce de más de sesenta metros de altura.

Decidieron hacer allí una parada para comer y disfrutar por unos minutos más de aquel precioso enclave, que era un inmenso regalo de la naturaleza. Max se acercó a un pequeño kiosco ubicado junto a la gigantesca roca y compró unos sándwiches de atún y un par de té con leche, que tomaron al aire libre mientras contemplaban el mar en completo silencio, extasiados por aquellas vistas absolutamente inolvidables.

—Esperaba que las Highland fueran bonitas, pero debo confesarte que han desbordado todas mis expectativas...—dijo Max sin perder de vista como el mar golpeaba con fuerza aquellos inmensos acantilados.

—Estaba pensando lo mismo—contestó Hannah. Gracias por haberme invitado a venir Max, era un viaje que tenía pendiente hace años...

—Lo hice por puro egoísmo. Soy un buitre de las finanzas, un tipo sin escrúpulos, ya lo sabes—dijo Max con una sonrisa burlona.

—No te preocupes, que lo tengo presente en todo momento—rió Hannah siguiéndole la broma.

—¿Sabes Hannah?...

—Dime...

—Estoy muy agusto contigo...

—Yo también Max. Yo también estoy muy agusto contigo—dijo Hannah, justo antes de darle un beso mucho más largo, mucho más cálido, mucho más sensual y mucho más húmedo que la noche anterior.

Continuaron recorriendo la isla poniendo ruta hacia Dunvegan Castle, un pequeño castillo típico escocés extremadamente romántico, en el que ondeaba una curiosa bandera amarilla que, según contaba la tradición, fue donada por un hada al fundador de uno de los clanes más antiguos de la isla, los McLeod. Según aseguraban en la isla, dicha bandera había protegido de todo tipo de males a los miembros de la familia durante varias generaciones, habiéndose extendido el manto protector de la famosa hada hasta nuestros días. Evidentemente la historia no se la creía nadie, pero el castillo era maravilloso y al parecer al clan los negocios y la salud les habían ido a la perfección, por lo que los actuales herederos de los McLeod habían dejado allí la famosa bandera amarilla por si las moscas, que nunca se sabe.

Por último, dieron un largo paseo hasta el faro de Nest Point, a través de un bellissimo sendero jalonado de rocas de formas imposibles, todas ellas tapizadas por un mullido y esponjoso musgo de intenso color verde que parecía autentico terciopelo. Una vez más, las vistas desde el faro les dejaron completamente extasiados y estuvieron un buen rato mirando el mar romper contra la base del faro mientras volaban alrededor de ellos cientos de gaviotas en busca de su ración de pescado del día. Finamente se miraron y no fueron necesarias más palabras. Sí, estaba anocheciendo, había llegado la hora de volver.

Pusieron rumbo a Kikeakyn, el pequeño pueblo desde el que salía el puente por el que abandonarían la inolvidable Isla de Skye hacia tierra firme. Tenían previsto hacer noche en Badicaul, un precioso pueblo costero situado justo frente a la isla, desde el que al día siguiente continuarían su plan de viaje camino de los fiordos de Torridon, al parecer, según la guía de viaje que iban consultando, otro paraje que era un autentico portento de la naturaleza.

Pero la vida siempre te da sorpresas. A cerca de un kilometro del puente, la carretera se encontraba atestada de coches completamente parados que formaban una inmensa caravana. Max paró el vehículo y se quedaron esperando a ver si aquello empezaba a andar definitivamente. Pero transcurridos más de quince minutos no se habían movido de su sitio ni un palmo, por lo que Hannah decidió bajarse a investigar que estaba pasando exactamente. Preguntó a los ocupantes del coche que tenían delante, pero estaba igual que ellos, no tenían ni idea de lo que estaba sucediendo. Siguió avanzando, preguntando a los conductores de los coches que tenían delante, pero obtuvo en todo momento la misma respuesta: nadie sabía nada. Finamente Max la acabó perdiendo de vista y unos quince minutos después la vio volver a aparecer entre los incipientes copos de nieve que estaban empezando a caer.

—Al parecer ha habido un accidente bastante gordo en el puente y está

cortado...

—¿Qué ha pasado?—pregunto Max.

—Han chocado dos camiones, uno de ellos cargado de un producto toxico inflamable...

—La madre que me parió...

—Me ha dicho un policía que la cosa va para largo, no menos de cuatro o cinco horas. ¿Intentamos el ferry?

—Sí claro, no nos queda otra. Me quedo con ganas de cruzar el puente, al parecer es una obra de ingeniería de las que quitan el hipo.

—Podemos volver a Mallaig y desviarnos un poco del camino cuando subamos hacia los fiordos. Entramos por el puente, nos tomamos un café, nos despedimos de Skye, nos damos la vuelta y seguimos el viaje. Sólo serán un par de horas más de ruta y así no te quedas con las ganas. ¿Cómo lo ves?

—Lo que veo que me encantas Señorita Fryman. ¡Te lo compro!

—Pues vamos a darnos la vuelta a toda leche. Está empezando a nevar en serio y cuando toda esta gente que está aquí parada se entere de lo mismo que nosotros, la cola del ferry va a parecer el camarote de los Hermanos Marx.

Las previsiones de Hannah se cumplieron al pie de la letra, pero las había realizado con más de una hora de retraso. La noticia del accidente ya había circulado por la isla a toda velocidad y cuando llegaron al punto de salida del ferry que les llevaría de vuelta a Mallaig, la cola de coches esperando para embarcar era cuarenta o cincuenta veces más larga que la que habían hecho por la mañana para llegar hasta Skye. Esta vez fue Max el que bajó a investigar, pues nevaba copiosamente y Hannah, con el paseo hacia el puente en busca de información, se había quedado completamente helada. Regresó a los pocos minutos con noticias. Y no eran nada tranquilizadoras.

—Han metido ferrys de refuerzo porque todo el mundo ha pensado lo mismo que nosotros, pero me ha dicho uno de los empleados de la compañía que por mucha prisa que se quieran dar, no nos sacan de aquí antes de las doce de la noche.

—Pues a esperar, no tenemos prisa. Deja el coche aquí en la cola y vámonos a cenar o a tomar algo hasta que nos toque embarcar. Necesito tomar algo caliente me he quedado helada—dijo Hannah mientras subía al máximo la calefacción del coche.

—Espera, eso no es todo... Hay previsión de temporal para las once de la noche. Me ha dicho el operario que si la cosa se pone muy mal, suspenden los ferrys hasta mañana. ¿Qué te parece si nos quedamos a dormir aquí? Nos damos una ducha caliente y nos vamos a cenar algo rico. Disfrutamos un poco más de la isla y mañana seguimos nuestra ruta a través del puente, como teníamos planeado.

—Es la mejor idea que me han propuesto desde que mi amiga Nina me aconsejo hacerme la depilación laser—respondió Hannah tiritando de frío.

—Jaja. Pues no se hable más—dijo Max arrancando el coche. He visto viniendo

para acá un *Bed & Breakfast* con una pinta estupenda...

—¿El blanco de techo de brezo con una valla de piedra delante plagada de un musgo completamente exuberante?

—¿Tú también te has fijado? ¿A que es precioso? ¿Por qué no me has dicho nada?—preguntó Max muy contento por la coincidencia de gustos entre los dos.

—Porque como no nos íbamos a quedar a dormir aquí...

—¡Pues se cambia de planes sobre la marcha y andando!—dijo Max dando la vuelta con el coche. Venga vamos, el “Larchard Bed & Breakfast” nos espera.

—Joder, ¿te acuerdas del nombre?—preguntó Hannah sorprendida. ¿Qué, te lo habías apuntado para volver con alguna de tus novias, sinvergüenza?—preguntó Hannah entre carcajadas.

—Pues claro mujer. Los de la City somos así. Unos auténticos cabrones—contestó Max riéndose a mandíbula batiente.

Diez minutos después, las sorpresas que les tenía reservadas la maravillosa Isla de Skye siguieron avanzando en progresión geométrica. Ante el auténtico colapso producido para salir de la isla, cientos de visitantes habían optado por la misma solución que ellos y habían decidido hacer noche en Skye hasta que al día siguiente el puente estuviera despejado y el ferry recuperara sus tiempos de espera habituales. No sólo no encontraron habitación en el “Larchard”, sino en ninguno de los otros cerca de veinte alojamientos del más diverso tipo en el que intentaron conseguir sitio para dormir esa noche. Cada vez nevaba más y estaba empezando a ser peligroso moverse en coche por aquellas estrechas y heladas carreteras.

Finalmente, ya algo desesperados, decidieron parar a tomar un café caliente en un pub situado en las afueras de Armadale. Preguntaron al camarero si conocía alguna casa particular que alquilara habitaciones para pasar esa noche, aunque fuera de manera excepcional, pero el amable camarero le dijo que estaba todo absolutamente lleno por el accidente del puente y que eran los decimoctavos clientes que en la última media hora le habían preguntado exactamente lo mismo.

Les aconsejó que se dirigieran hacia Glenbrittle, cerca de los montes Cuillin y de las Red Hills, las zonas más despobladas de la isla, en las que habría menos saturación de turistas y a su parecer tendrían alguna posibilidad de encontrar habitación en algún sitio. A Hannah y Max les pareció una idea razonable y decidieron ponerse en marcha hacia esa zona. El camarero les dijo que se dieran prisa, porque tal y como estaba nevando, en cosa de un par de horas esas carreteras estarían cortadas, pues al parecer era una zona muy montañosa y escarpada con malas carreteras, y la nieve que estaba cayendo en breve las acabaría convirtiendo en absolutamente impracticables.

—Muchas gracias amigo—dijo Max al camarero con sorna. Nos tranquiliza mucho lo que nos dice.

—Es lo que hay. Eso sí, les puedo regalar un par de juegos de raquetas para andar por la nieve, tal vez les hagan falta si se complican las cosas—les contestó el camarero con el típico humor escocés, caracterizado por tomarse con absoluta

tranquilidad cualquier contratiempo que la vida te ponga por delante.

—Muchas gracias, pero no se preocupe—dijo Max devolviendo el chiste. Llevo unas cuantas en el maletero, en Londres nunca salimos de casa sin ellas. Ha sido usted muy amable, un millón de gracias. Vamos a ver si tenemos suerte en Glenbrittle y conseguimos pasar allí la noche sin que antes nos devoren los osos polares.

—También vendo rifles—dijo el camarero con sorna.

—No se preocupe, nunca salgo de casa sin mi Kalashnikov...

—¡¡Suerte!!—dijo el camarero según salían por la puerta camino del Range Rover.



El camarero se había quedado corto. La carretera que les condujo hasta Glenbrittle era un autentico infierno. Seguro que el paraje que la rodeaba era absolutamente maravilloso, pero la noche cerrada y la inmensa nevada que estaba cayendo impedían ver más allá de dos o tres metros por delante del coche y convertían cada una de las decenas de curvas que tuvieron que tomar en un reto digno de ser superado por el ganador del Campeonato del Mundo de Rallyes. Finalmente consiguieron llegar a Glenbrittle, pero incluso hasta allí habían llegado antes que ellos varias decenas de turistas y tampoco pudieron encontrar alojamiento para pasar la noche.

El dueño de uno de los *Bed & Breakfast* que visitaron, les aconsejó que fueran a Elgol, otro pueblo cercano camino de Loch Corunisk, a criterio del lugareño, el lago más salvaje e impresionante de Escocia y que era imprescindible conocer en cualquier visita a Skye, cosa que reconoció casi nadie hacía, debido a que la carretera para llegar hasta allí era una autentica tortura.

—¿Peor que la que hemos cogido para llegar hasta aquí?—preguntó Max entre preocupado y aterrorizado.

—Uy, sí, sí—respondió el tipo con total serenidad. Muchísimo peor. Tengan mucho cuidado.

—Me encanta la tranquilidad con la que se toma las cosas esta gente—dijo Hannah cuando volvieron al coche. Me gustaría ser como ellos. Yo creo que es cosa del whisky, que les da una paz acojonante...

—Juro no volver a salir de casa sin mi tienda de campaña Quechua, de esas que las tiras al suelo y se montan en un minuto—dijo Max.

—¿Tienes una?—preguntó Hannah bastante extrañada, mientras pensaba que a Max no le pegaba nada ir de camping.

—No, pero pienso comprarla en el Decathlon en cuanto que llegue a Londres—respondió Max a carcajada limpia a pesar del problema que tenían encima.

—Cómprame una a mí también por favor. Al precio que se están poniendo los alquileres en Candem nunca se sabe—dijo también Hannah entre risas, encantada de que al menos se tomaran el problema con sentido del humor.

Veinte minutos y más de cien curvas después, a través de una carretera con dos palmos de nieve, consiguieron llegar a Elgol. Según entraron en el pueblo vieron un pequeño hotelito de piedra, con ventanas tipo ingles de color blanco, un precioso

tejado de zinc verde y dos enormes acebos flanqueando la entrada al edificio. Un bonito cartel de madera anunciaba el nombre del alojamiento: “McGregor Family Hostel”.

—Queridos Señor y Señora McGregor—dijo Max según apagó el motor del Range Rover. Todavía no lo saben, pero estamos decididos a tomar al asalto y por las armas su precioso hotel y pasar allí la noche, aunque sea en su propia cama durmiendo los cuatro juntos.

—Jaja. Anda no seas payaso—dijo Hannah bajándose del coche y dirigiendo sus pasos hacia el hotelito—Venga, vamos, seguro que tenemos suerte.

—Espera que cojo del maletero el Kalashnikov...—dijo Max siguiendo los pasos de Hannah.

Entraron los dos en el hotel y un señor calvo, en torno a los cincuenta años, con una poblada barba blanca y cara de buena persona, les miró sorprendido detrás del mostrador de recepción.

—Ho... hola buenas noches...—acertó a decir. ¿En qué puedo ayudarles?

—Buenas noches—respondió alegremente Hannah. Por favor, denos una sorpresa y diga la palabra “sí” justo a continuación de mi pregunta: ¿Tiene alguna habitación libre? En caso de que su respuesta sea “no”, tengo una segunda pregunta ¿Nos puede dejar dos sacos de dormir para pasar la noche en el coche?

—Jaja. No es necesario señorita. Tengo tres fantásticas habitaciones libres con baño y chimenea...

—¡¡¡Bien!!!—gritaron al unísono Max y Hannah abrazándose locos de contentos.

—Sólo hay un pequeño problema. No tienen encendida la calefacción, sinceramente, ya no esperaba que apareciera nadie por aquí esta noche con el temporal de nieve, y menos a estas horas...

—Ha habido un accidente en el puente y el ferry lo han suspendido por el temporal. No queda una sola cama libre en toda la isla—dijo Max—

—Sí, lo sé, lo he escuchado en la radio. Pero sinceramente y perdóneme que se lo diga: hay que estar loco para venir esta noche hasta aquí con esta nevada.

—Sustituya loco por desesperado y estaré completamente de acuerdo con usted, caballero—respondió Max sonriente ante la escocesa sinceridad del Señor McGregor.

—Si les interesa, puedo poner la calefacción ahora mismo en la habitación, aunque tardará por lo menos tres o cuatro horas en estar bien caliente. También encenderé la chimenea, que algo ayudará. Si les parece puedo darles algo de cenar mientras tanto, y así cuando suban no parecerá aquello una autentica nevera. Es todo lo que les puedo ofrecer.

—¿Una cama? ¿Calefacción? ¿Chimenea? ¿Cena?—dijo Hannah entusiasmada. ¡¡Mi querido amigo, no nos echa usted esta noche de aquí ni a latigazos!!

—Jaja. Formidable. Pasen al comedor por favor. Déjenme las llaves del coche si son tan amables y les subo el equipaje aprovechando que voy para encender la calefacción.

—No se moleste, ya...—intentó decir Max.

—Ahora mismo le digo a mi mujer que les prepare algo de cenar. ¡¡Kirsty!!—dijo el Señor McGregor a voz en grito segundos antes de que apareciera una señora regordeta con un impecable delantal y las manos manchadas de harina.

—Hola buenas noches—dijo la Señora McGregor nada más verles.

— Kirsty—dijo el Señor McGregor a su esposa. ¿Puedes prepararles a estos señores algo de cenar en lo que subo a encender la calefacción de su habitación?

—¡Pues claro!—respondió alegremente la mujer mientras se limpiaba las manos con un paño de cocina. Acompañenme por favor.

Max le entregó las llaves del coche al Señor McGregor y junto con Hannah siguió los pasos de la amable señora que iba a cocinar algo para ellos. Entraron en un pequeño comedor con cuatro mesas y manteles de hilo blanco, todo forrado de madera de arriba abajo y una magnífica chimenea a pleno rendimiento al fondo del salón. La Señora McGregor se metió detrás de una pequeña barra, puso un disco de éxitos de Tony Bennett y a continuación apareció con dos vasos con un par de dedos de whisky que les puso encima de la mesa.

—Tómense esto que les sentará bien y les hará entrar en calor. ¿Qué les apetece cenar, pareja?

Tras una sopa de calabaza bien caliente y un estofado de cordero con verduras absolutamente delicioso se ve la vida de otro color. Remataron la cena con una generosa porción compartida de tarta de moras, un café y otros dos whiskys por cabeza. Tras charlar un rato con el matrimonio McGregor, que como ya había quedado más que demostrado era una gente acogedora que sabía atender a sus huéspedes maravillosamente, Hannah y Max se subieron a la habitación.

No hubo demasiados preliminares. No eran necesarios, los dos sabían lo que querían. Según entraron por la puerta, Max se quitó el grueso forro polar que le había acompañado durante todo el día y a continuación se deshizo de la camiseta que llevaba debajo mientras se acercaba lentamente hacia Hannah. Le quitó toda la ropa que cubría su cuerpo mientras ella se dejaba hacer y recorría con sus dedos el torso desnudo de Max, observando mientras tanto cómo las comisuras de sus labios y el brillo de sus ojos le recordaban cuanto deseaba a ese hombre en ese momento.

Max se deshizo del resto de su ropa y comenzaron a besarse con una mezcla de deseo, ternura y pasión, retomando los besos que se habían dado esa misma tarde mientras contemplaban embelesados los inolvidables acantilados de Trotternish. Hannah cogió el edredón de plumas que cubría la cama y lo extendió en el suelo junto a la chimenea. Los dos se tumbaron y Max recorrió con sus labios todos y cada uno de los centímetros del cuerpo de Hannah, que comenzó a gemir de placer poco a poco, lentamente, gozando extasiada de aquel mágico momento.

Después Max colocó las manos a ambos lados de las caderas de la chica y se abrió paso entre sus muslos. Presionó su cuerpo contra el de Hannah y le agarró el culo para atraerla hacia él hasta que estuvieron bien pegados el uno al otro. Los dos comenzaron a gemir locos de placer. Max comenzó a balancear sus caderas sin que ambos dejaran de mirarse. “Me encantas”, le susurro ella al oído. “Y tú a mi Hannah. Estoy loco por ti”.

Así estuvieron unos minutos, extasiados, jadeando y temblando, hasta que finalmente ambos se quedaron sin fuerzas. Los dos estallaron al tiempo, locos de amor y de placer.

# CUARTA PARTE

HANNAH

(Seis meses después)

Sonó la alarma del móvil a las siete de la mañana en punto y Hannah dio un bote en la cama, se quitó el sueño a puñetazos y se fue directa a la ducha. Estaba muerta de sueño, el día anterior había estado trabajando hasta cerca de las tres de la mañana. Pero hoy era el gran día y no tenía un solo minuto que perder.

Cuando salió de la ducha se puso el albornoz y salió directa hacia la cocina de su loft en el distrito de Candelaria, muy cerca del famoso mercadillo que visitaban todos los turistas los fines de semana, pero al que los londinenses habían dejado de ir hacia ya varios años, optando por alternativas bastante más interesantes como Borough o Spitalfields. Preparó un café doble bien cargado para intentar sacar definitivamente el sueño de su cuerpo y se lanzó sobre su ordenador.

Había mucho que hacer. Ese día a las dos de la tarde inauguraba la exposición más importante de su carrera como pintora en “Annely”, la galería de arte con mayor prestigio de Londres. Había mucho en juego, pues si aquello salía bien podía suponer un salto muy significativo en su trayectoria profesional, lo que le permitiría cumplir el próximo paso de su nuevo plan de vida: trasladarse a vivir a la pequeña casa de campo que se había comprado un par de meses atrás en Bakebare, a cinco kilómetros escasos de Dufftown y de la granja de su hermana April en Escocia.

Contestó a varios mensajes de Facebook y de Twitter relativos a la exposición y a continuación abrió el correo electrónico para mandar a su agente un listado con los últimos invitados que había que sumar a la relación de asistentes a la inauguración. Cuando se disponía a leer los correos recibidos escuchó a su espalda un gruñido y giró la cabeza para comprobar que Steve se acababa de levantar. Siguiendo su costumbre habitual el tipo cruzó en pelotas toda la casa sin darle ni los buenos días, se sirvió un café, se lo bebió de un trago y ahora sí, por fin se dignó a dirigirle la palabra.

—Hola guapa—dijo acercándose a Hannah y dándole un beso en la mejilla. ¿Todo organizado?

—Casi todo, faltan sólo un par de detalles. ¿Y tú qué tal? Ayer cuando llegué a las cuatro de la mañana todavía no estabas aquí, pensé que ya no vendrías...

—Con resaca. Estuve con los chicos jugando al póker y nos dieron las tantas—dijo dirigiéndose de nuevo a la zona de cocina del loft y abriendo la nevera. — ¡Me cago en la puta! ¿no queda leche de soja?

—Tú sabrás, eres el único que la bebes. Si no la has comprado tú evidentemente no queda. Así de simple—contestó Hannah volviendo a su ordenador.

—Joder, muchas gracias por el detalle—refunfuñó Steve—Me voy a la ducha que se me hace tarde...

Hannah ignoró por completo la información sobre los próximos planes higiénicos de Steve. Básicamente le traían absolutamente sin cuidado. El tío estaba como un queso y en la cama era un portento, pero su atractivo personal y su nivel de inteligencia se encontraban incluso por debajo de la Picadilly, la línea de metro más profunda de Londres. Se habían liado hacía más o menos un mes, y el tipo aparecía por su casa cuando le venía en gana. Con todo el lio de la exposición Hannah no había querido introducir más elementos de estrés en su vida, pero tenía pensado mandarle a la mierda esa misma noche, justo cuando llegaran a casa después de la inauguración de la exposición.

Hannah volvió de nuevo a su correo electrónico. Echó un vistazo general a los correos recibidos, contestó escuetamente los mensajes urgentes y abrió uno que le mandaba su hermana April con las últimas fotos de su sobrina para ver las fotografías con detenimiento. La niña había nacido la semana anterior y, como no podía ser de otra manera, era una absoluta preciosidad. Todavía no había podido acercarse a Dufftown a conocer a la nueva princesa de su vida por todos los preparativos de la exposición, pero ya tenía sacado el billete de avión a Edimburgo para ese próximo sábado y se moría por estrecharla entre sus brazos. Estuvo viendo las fotos tranquilamente, y llegó a la clara conclusión de que la niña tenía cara de llamarse Katherine. Se juró a sí mismo dar la tabarra a sus padres hasta que consiguiera convencerles de ello. Sí, sonaba bien. Kate H. Fryman. Era sencillamente perfecto.

Las fotos de su sobrina la trajeron de nuevo recuerdos de la boda de April en Escocia, del día que le dijo que estaba embarazada en la cocina de la granja y de todo lo que había venido después. Max. Maldito Max. No había vuelto a saber nada de él. Después de la noche en que se liaron en el hotel de los McGregor, decidieron suspender su ruta por las Highland y encerrarse en aquel maravilloso hotelito de Elgol a disfrutar el uno del otro y a practicar sexo, sexo y más sexo, sólo interrumpido por sus esporádicas bajadas al comedor a degustar las delicias que la Señora MacGregor les iba preparando mañana, tarde y noche. Fueron los tres días más maravillosos de su vida y había acabado loca perdida por Max, el hombre más cariñoso, inteligente y divertido que nunca jamás había conocido. “Sí”, pensó. “Max es el hombre que más me ha gustado en mi vida, eso desde luego”

Pero algo debió de pasar, aunque por muchas vueltas que le había dado a su cabeza durante aquellos seis meses, no alcanzaba a entender exactamente el qué. El último día que pasaron juntos en aquel hotel, Max se levantó completamente distinto a como se había comportado los días anteriores. Estuvo muy serio, malhumorado y distante. Apenas articuló palabra durante el viaje de vuelta a Londres y cuando le había dejado en la puerta de su casa, su despedida fue tan fría y distante como el hielo. “Bueno, ya nos veremos algún día por Londres. Suerte con todo y gracias por tu compañía durante el viaje”. Esas fueron las últimas palabras que le escuchó antes de arrancar el coche y desaparecer de su vida para siempre, dejándola completamente en estado de shock, sin que Hannah entendiera absolutamente nada de aquella situación inesperada.

Ni siquiera le dio un beso de despedida. Le dijo esas palabras mientras bajaba su equipaje del maletero del Range Rover. Después Max se subió de nuevo al coche y se

esfumó de su vida como si fuera la mismísima Cenicienta a las doce de la noche. Lo único malo es que en ese caso La Cenicienta era la propia Hannah y el príncipe azul no había tenido a bien comparecer en seis meses. Le había llamado por teléfono diez o quince veces, le había mandado otros tantos mensajes a través de Facebook, de Twitter y de Whatsapp, pero siempre había obtenido la misma respuesta: ninguna en absoluto.

Estuvo esperándole tres meses a ver si se aclaraban las cosas de alguna manera y Max hacía acto de comparecencia, pero pasado ese tiempo decidió olvidarse de él para siempre. De vez en cuando preguntaba a su hermana por él, aunque April no sabía nada del *affaire* que habían mantenido durante el viaje y su hermana siempre le decía que sabía por Lloyd que Max estaba bien y que de hecho le había mandado recuerdos para ella de su parte.

“Valiente cabrón”, pensó Hannah volviendo a la realidad. “Anda y que le den”.

—Me voy a la oficina que llego tarde—dijo el híper musculado descerebrado de Steve, caminando hacia la puerta de salida del apartamento—Luego te veo en la exposición, llegaré un poco tarde, pero en cuanto que pueda me escapo. Adiós guapa.

“Y a ti también, imbécil”, dijo Hannah para sí misma. “Que te den a ti también”.



Era cerca de la una del mediodía. O se daba prisa o no llegaba, a esas horas los atascos en Londres son enormes. Hannah se miró en el espejo del vestidor y repasó el espectacular modelo que había elegido para la ocasión. Un llamativo mono de satén morado sin mangas, con un gran lazo en el cuello y una chaqueta de cuero, todo del mismo color. “Vas divina”, pensó. “Y con seis kilos menos ya sería la ostia”, dijo mientras metía un poco la barriga hacia adentro. Cogió su bolso y salió del apartamento. Se dirigió a la parada de taxis que había a la vuelta de la esquina de su casa, se subió al vehículo y dio las instrucciones pertinentes al conductor.

—Buenos días. Por favor, vamos a Limerston Street, en Chelsea, cuando lleguemos allí le indico. Si no le importa preferiría ir por Paddington, a estas horas la A 52 estará colapsada y necesito estar allí a las dos menos cuarto sin falta.

—Vamos por donde usted me diga señorita, faltaría más—dijo el taxista arrancando el coche y quitando la música que llevaba puesta hasta ese momento.

—Puede dejar la música si le apetece—dijo Hannah. No me molesta en absoluto.

—Ah, muchas gracias señorita—dijo el taxista volviendo a encender el equipo de música del coche— ¿Le gusta Adele?

—Sí claro, me encanta. ¡Y a quién no!

—Uy, pues a mi mujer mismamente. ¡A mi mujer no le gusta Adele, dice que no la soporta!—respondió el taxista completamente indignado con los gustos musicales de su esposa.

—Divórciese—contestó Hannah medio en broma medio en serio. Yo no podría vivir con un hombre al que no le gustara Adele...

—Ya...—dijo el taxista mientras la miraba por el retrovisor y decidía dar por concluida la conversación. No le gustaba nada aquella chica deslenguada y entrometida. ¿Quién era ella para decirle que se divorciara de su mujer? Sí, de acuerdo Eveline era insoportable, pero esa chica no era nadie para meterse en su vida.

La cantante preferida de los dos ocupantes del vehículo sonaba por los altavoces al ritmo de “Make you feel my love”, una de las canciones preferidas de Hannah. Escucharla le trajo de nuevo recuerdos de Max y su viaje por las Highland, aquella fue la canción que puso el primer día de viaje, cuando estaba dormida Dianne, camino de Dingwall.

Hannah iba observando durante el trayecto las calles de la que había sido su ciudad durante toda su vida. A Hannah le gustaba mucho Londres, pero tras darle muchas vueltas a la cabeza había llegado a la conclusión de que aquella ciudad ya no

era para ella. Demasiada gente, demasiado ruido, demasiado tráfico, demasiado estrés. Le apetecía mucho irse a vivir al campo, cerca de su hermana y empezar una nueva vida allí. Al fin y al cabo tendría que seguir bajando a Londres tres o cuatro veces al año por temas de trabajo, con lo cual no sería una despedida definitiva, ya aprovecharía las escapadas a la capital para ir al teatro, de compras, a conciertos y a sus restaurantes preferidos.

—¡¡¡A ver si miráis por donde vais tortolitos!!!—dijo el taxista a voz en grito por la ventanilla a una pareja que estaba besándose en mitad de la carretera y a la que había estado a punto de atropellar.

Tras el susto, la pareja salió corriendo hacia la acera y al alcanzar la misma comenzó a reírse y volvieron a besarse. Hannah pensó que se les veía plenos de felicidad. “El amor es la esencia de nuestro ser y la energía que mueve el universo”, pensó Hannah. “¡Que grande era Shakespeare!”. Abrió su bolso, cogió el teléfono móvil y miró por enésima vez en seis meses las fotos de su viaje por las Highland con Max. “Que días tan maravillosos”, recordó con gran melancolía.

—No se preocupe señorita, que llegaremos bien. Es que en este cruce siempre hay mucho atasco—dijo el taxista mirándola por el retrovisor, pensando que la cara de tristeza de Hannah obedecía a su preocupación por llegar tarde a su cita.

—Sí... muchas gracias ya lo sé, paso mucho por aquí, no se preocupe...—contestó Hannah con voz ausente, pues estaba pensando en otra cosa bastante más importante para su vida que en la fiesta de inauguración de aquella exposición.

“Hay que escuchar a la cabeza, pero dejar hablar al corazón. Hay que escuchar a la cabeza, pero dejar hablar al corazón...”.

—Perdone—dijo Hannah finalmente al taxista—he cambiado de idea. Lléveme por favor a Cannon Street.

—¿A la City?

—Eso es. Y dese toda la prisa que pueda, por favor. Es urgente.

—Pero... disculpe, es que estamos ya en Knightbridge y....

—Me trae absolutamente sin cuidado. ¿La carrera la pago yo, no? Pues andando. Vamos al 186 de Cannon Street.

—Sí señorita, lo que usted diga—contestó el taxista poniendo cara de resignación. Iba a llegar a casa tarde para comer y seguro que Eveline le iba a liar una de las suyas. Tal vez esa chica tenía razón y debía divorciarse de Eveline. Como dijo Shakespeare, el amor es la esencia de nuestro ser y la energía que mueve el universo. Y él hacía ya mucho tiempo que a Eveline no la amaba.

Media hora después el taxi llegó su destino. Hannah pagó la cuenta, dejó al conductor cinco libras de propina y se dirigió a la entrada de aquel lujoso edificio de oficinas de la City londinense. El hall del edificio estaba atestado de mujeres y hombres perfectamente vestidos con ropa de marca, corriendo de un lado para otro con sus carteras en la mano mientras charlaban apresuradamente entre ellos.

Hannah buscó el directorio de las empresas instaladas en el edificio y rápidamente encontró lo que buscaba. Se dirigió a uno de los numerosos ascensores y subió al primero que llegó a la planta baja. Pulsó el botón de la planta ocho y esperó pacientemente la llegada a su destino. Salió del ascensor y caminó con paso firme hacia el área de recepción de Kudrow, Kauffman & Crane.

—Buenos días—dijo a una de las tres señoritas perfectamente uniformadas que trabajaban detrás del mostrador—Por favor quería ver a Max Crane.

—Lo siento, pero el Señor Crane se encuentra ahora mismo en una reunión. ¿Tenía cita con él?

—Sí claro, por supuesto—respondió Hannah con gran seguridad.

—Disculpe, pero no veo en su calendario ninguna cita planificada para hoy—dijo la amable señorita mientras tecleaba en su ordenador consultando la agenda de uno de los peces gordos de la empresa. ¿A qué hora tenía la cita?

—Hace seis meses, más o menos—respondió Hannah con una sonrisa.

—Disculpe señorita, pero no la entiendo exactamente—dijo la recepcionista mirándola ya con una cierta desconfianza. ¿Me puede decir su nombre, por favor?

—Cabreada. Señorita Cabreada. ¡Pero que muy cabreada!

—Lo siento señorita—dijo la recepcionista con voz de autoridad mientras descolgaba un teléfono. Voy a tener que llamar a seguridad, si no tiene concertada... ¡Pero oiga! ¡Oiga usted no puede...!

A Hannah le traían en aquel momento absolutamente sin cuidado los miembros de seguridad de aquel edificio. Estaba muy enfadada, lo suficiente como para enfrentarse ella sola si hacía falta a la mismísima Royal Air Force. Había dejado con la palabra en la boca a la recepcionista y en aquel momento circulaba a toda velocidad por el interior de las oficinas de Kudrow, Kauffman & Crane, buscando a Max con total determinación. Y no iba a parar hasta que se echara en cara a ese tipejo que le debía una buena explicación.

Fue recorriendo varios despachos y salas de reuniones sin encontrarle, hasta

que al final de un largo pasillo pudo verle con uno de sus impecables trajes a medida a través de las cristalerías de una pequeña sala de reuniones. Efectivamente estaba con unas seis u ocho personas que le miraban atentamente, escuchando sus palabras como si les estuviera hablando el mismísimo Dios recién llegado del cielo. Hannah abrió directamente la puerta sin llamar e irrumpió en la sala. Cuando Max la vio entrar puso la misma cara de sorpresa que Carlos de Inglaterra cuando se enteró de que Lady Di le estaba poniendo los cuernos con Dodi Al-Fayed. Tras unos largos segundos de desconcierto, finalmente Max se atrevió a decir:

—¿¿Pero... pero Hannah, qué haces aquí??

—Sé que no soy una persona fácil—dijo Hannah con mucha firmeza y seguridad— Sé que tengo muchos prejuicios. Sé que te juzgué mal. Sé que siempre te he tratado como si fueras un niño rico gilipollas, un pijo más de la City. Pero he venido a decirte una cosa...

—Hannah, perdona—interrumpió Max mientras los asistentes a la reunión miraban a Hannah completamente alucinados—Por favor, éste no es el momento ni el lugar, Espérame a que...

—No voy a esperar más, Max, llevo seis meses esperando. He venido a decirte que los tres días que pasamos juntos en aquel hotelito de Elgol fueron los tres días más felices de mi vida. Que no he podido olvidarte. Que te echo de menos veinte veces al día. Que estoy enamorada de ti hasta los huesos. Que creo que eres el hombre de mi vida. Que la vida es muy corta. Que me gustaría que lo intentáramos...

En ese momento entró en la sala un vigilante jurado seguido de la recepcionista a la que Hannah había conseguido dar el esquinazo.

—Disculpe Señor Crane, ha sido imposible controlar a esta señorita, se ha colado sin que... —dijo la recepcionista muy azorada ante aquel espectáculo, mientras el vigilante cogía de un brazo a Hannah para intentar sacarla de la sala.

—No se preocupe, Daphne—contestó Max con su habitual sonrisa. Me creo todo lo que me pueda contar de Hannah. Está bien así, no hay ningún problema, pueden marcharse, gracias.

—Pero...—intentó decir la recepcionista.

—Daphne, insisto, no hay ningún problema, pueden marcharse. Continúa Hannah—dijo Max mientras los asistentes a la reunión seguían contemplando la escena completamente descolocados—

—¿¿Qué continúe?? ¿¿Y me lo dices así, como si nada?? ¡¡¿¿Por qué coño no me has llamado en seis meses??!!—preguntó Hannah a voz en grito según salían la tal Daphne y el vigilante por la puerta de aquella sala de reuniones.

—Porque quería que pasara exactamente esto—respondió Max con absoluta serenidad.

—Có... cómo que... —balbuceó Hannah sin entender absolutamente nada de lo que le acababa de decir Max.

—Sí. Quería que pasara esto que está pasando ahora. Exactamente esto. Que lo tuvieras claro, Hannah. Que te dieras cuenta realmente de lo que había habido entre nosotros. Que esto pasa una vez en la vida. Que lo importante no es en que se trabaja, como se viste o cuánto dinero se gana. Que lo importante es lo que un ser humano realmente es.

—Pero... pero... —dijo Hannah con la voz entrecortada.

—Si hubiéramos seguido donde lo dejamos no te habrías dado cuenta de nada de esto que estamos hablando ahora. Era necesario parar y dejarte un tiempo para reflexionar a solas, sin que yo estuviera de por medio. Yo quiero una vida contigo Hannah. Quiero levantarme y acostarme cada día contigo y que nuestra vida sea como todos y cada uno de los días que pasamos juntos en las Highland. Por eso desaparecí. Porque quería que pasara exactamente esto. Y esa era la única manera de conseguir que pasara. Era la única manera de conseguir que te enamoraras de mí. Desapareciendo de tu vida.

Se hizo un silencio sepulcral en la sala de reuniones tras las palabras de Max. Todos los hombres y mujeres que asistían a aquella reunión miraban ahora atónitos a Hannah esperando su respuesta. Podía oírse el vuelo de una mosca. Pero Hannah permanecía en silencio, mirando a Max fijamente, sin que pudiera deducirse en lo más mínimo en su cara o en sus ojos lo que aquella chica podría decir en aquel momento. Parecía estar a punto de asesinarle.

—¿Sabes una cosa?—dijo finalmente Hannah— ¿Sabes lo que opino de ti? ¡¡Que eres un hombre frío y despiadado y que eres un hijo de la gran puta!!

—Puede que tengas razón—contestó Max sin perder en lo más mínimo la calma. Pero es que estoy loco por ti y era la única forma de conseguirte.

—¿¿Sí?? ¡¡No te creo!! ¡¡Si estuvieras loco por mí no me habrías dejado tirada como una colilla en la puerta de mi casa!! ¡¡Sí estuvieras loco por mí me habrías devuelto las llamadas y los mensajes!! ¿¿Por qué iba a creerte?? ¡¡Eh, dime!! ¿¿Por qué estás loco por mí??

Max cogió una lata de Coca Cola que tenía encima de la mesa y dio un sorbo largo y prolongado. A continuación arrancó la anilla que servía para abrir la lata, se fue hacia Hannah y se agachó, poniendo su rodilla derecha sobre el mullido suelo de moqueta de la sala de reuniones.

—Porque eres especial Hannah. Porque eres diferente. Por eso estoy profundamente enamorado de ti—dijo Max mostrándole en su mano la anilla de la lata de Coca Cola. — ¿Quieres casarte conmigo?

Hannah se quedó completamente bloqueada, en absoluto estado de shock. Finalmente, estalló a llorar desconsoladamente, como una pobre chica de quince años a la que acaba de dejarle su primer amor.

—¡Pues claro que quiero casarme contigo, pedazo de gilipollas!—dijo finalmente Hannah entre lágrimas. ¡¡Yo también estoy completamente loca por ti!!

Max le puso la anilla a Hannah en el dedo anular de su mano derecha, se levantó

y la besó apasionadamente, mientras los asistentes a la reunión se ponían en pie y empezaban a aplaudir y a dar gritos de alegría, tremendamente emocionados por la inolvidable escena que acababan de presenciar.

Todos estuvieron de acuerdo. Acababan de asistir a la petición de mano más bonita que habían visto en toda su vida. Shakespeare tenía toda la razón. El amor es la esencia de nuestro ser y la energía que mueve todo el universo.

FIN